


# LA NOCHE DE LOS LOBOS

BURTON HARE

La mujer se irguió. Debía continuar huyendo, correr para escapar a aquello que había tras sus pasos, y que ni siquiera sabía a ciencia cierta qué era, en realidad. Pero sí sabía que estaba allí, acechándola en la oscuridad, convertido en negrura.

Se apartó del tronco del pino, respirando con anhelo el gélido aire que dañaba su garganta.

Inesperadamente, vio los puntos de luz. Una extraña fosforescencia a corta distancia, entre los troncos. Dos ojos, tal vez. Ojos verdes, salvajes…

Su imaginación le sugirió cuerpos informes, horrorosos. Colmillos ensangrentados y garras capaces de despedazar su cuerpo estremecido…

De nuevo corrió, tropezando, cayendo y levantándose una y otra vez, sin poderse librar de lo que fuera, que seguía sus pasos.

Sabía que no podría escapar de aquel terror sin nombre. Ahora oía el extraño jadeo, brutal y quejumbroso, tras ella, en los lados…



Burton Hare

# La noche de los lobos

## Bolsilibros: Selección Terror - 22

**ePub r1.0**
**Titivillus** 14.01.15

Título original: *La noche de los lobos*
Burton Hare, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

# CAPÍTULO PRIMERO

Los desordenados pasos sobre la tierra nevada sonaban como los latidos sin ritmo de un corazón fatigado, al borde del colapso. Su ritmo era irregular, y se mezclaba en ocasiones con el crujido de las ramas quebradas y pisoteadas.

La nieve caía espesa, silenciosa. Un blanco sudario, desplomándose sobre la tierra helada.

En la penumbra, los pinos proyectaban sombras impenetrables. Más allá, los árboles de otras especies, como los robles, tendían sus ramas desnudas, cual dedos torturados y huesudos implorando al oscuro cielo.

Los pasos, con su ritmo enloquecido, fueron absorbidos por el aullido del viento, semejante al sonido de voces distantes que le gritaran a la noche con acentos de terror antiguo como el mundo.

Nada se distinguía en las tinieblas, como no fuera la nieve arremolinada por el viento.

De pronto, una figura apareció entre los árboles. Una figura humana, que corría tambaleándose, y de cuyos labios yertos brotaba un continuo y ahogado quejido de cansancio y miedo.

Surgió de la nieve dando traspiés, tropezó con una raíz, y rodó, lanzando un grito. Volvió a levantarse con dificultad, y trató de correr otra vez.

Hubo de apoyarse en el grueso tronco de un pino para recobrar el aliento.

Era una mujer alta, vestida con pantalones ajustados y grueso jersey azulado. Su rostro era apenas una mancha blanca en la creciente oscuridad, y sus ojos, dos globos hinchados por el terror.

Ahogando un quejido, la mujer echó la cabeza atrás y la apoyó en el tronco. Cerró los ojos como si se negara a ver el mundo que le rodeaba.

A pesar de la gélida temperatura, el sudor bañaba su rostro, del

que parecía desprenderse una leve nubecilla de vapor. Su cuello resaltaba tan blanco como la cara y, a causa del terrible esfuerzo, destacaba la vena grande palpitando con el desordenado latir de su corazón.

Sabía que ya no podría huir más. Sus fuerzas se habían agotado. Una fatiga mortal se extendía por todos sus miembros, atenazándolos como una garra de hierro. Boqueó para introducir aire en sus rotos pulmones, y el viento helado de las tinieblas le heló la garganta.

Quizá todo fuera una pesadilla, un mal sueño, que se desvanecería al despertar, o cuando naciera un nuevo día emergiendo de las sombras del miedo…

Aguzó el oído, escuchando el silencio. Sólo oyó el lamento del aire y los latidos locos de su propio corazón.

Después, cuando empezaba a suspirar con alivio, lo oyó.

Era algo aterrador, sin nombre ni forma, un espanto que ululaba dentro de sus propios oídos, con la fuerza del mal. Lo había oído antes, y sabía que se deslizaba entre los pinos, enorme, negro, mortal, con el horror de lo desconocido.

Incluso percibió el ruido de la maleza batida. Después, todo se extinguió, incluso el viento, quedando sólo un leve aire, que susurraba entre el follaje con acento temeroso, una queja infinita que llevara en su voz el miedo instintivo de todos los espantos que en el tiempo han sido.

Y al fin, el aire pareció quedar paralizado y ya no quedó nada, excepto el terror.

La mujer se irguió. Debía continuar huyendo, correr para escapar a aquello que había tras sus pasos, y que ni siquiera sabía a ciencia cierta qué era, en realidad. Pero sí sabía que estaba allí, acechándola en la oscuridad, convertido en negrura.

Se apartó del tronco del pino, respirando con anhelo el gélido aire que dañaba su garganta.

Inesperadamente, vio los puntos de luz. Una extraña fosforescencia a corta distancia, entre los troncos. Dos ojos, tal vez. Ojos verdes, salvajes…

Su imaginación le sugirió cuerpos informes, horrorosos. Colmillos ensangrentados y garras capaces de despedazar su cuerpo estremecido…

De nuevo corrió, tropezando, cayendo y levantándose una y otra vez, sin poderse librar de lo que fuera, que seguía sus pasos.

Sabía que no podría escapar de aquel terror sin nombre. Ahora oía el extraño jadeo, brutal y quejumbroso, tras ella, en los lados…

Una vez más se alzó el viento, y las ramas de los árboles se retorcieron a su alrededor, torturadas como su propio corazón. En medio del viento, oyó las pisadas casi imperceptibles, tan suaves como si apenas mancillaran la blancura de la nieve.

Si pudiera esquivar aquel espanto…, pero eso era imposible. Todo lo que hiciera sólo serviría para alargar su agonía. Estaban cada vez más cerca, y en las tinieblas brotaban y desaparecían aquellos puntos verdosos y fosforescentes, como escondiéndose más allá de los pinos.

Tropezó y cayó. Levantándose, luchó por seguir corriendo, pero supo que aquello era el final, porque sus piernas se doblaron y cayó otra vez, hundiendo el rostro en la nieve.

Arrastrándose, buscó el apoyo de un árbol y se quedó allí, acurrucada, castañeteándole los dientes, estremecida de frío y de terror.

Esa noche ya no iba a correr más.

Ni ésa ni ninguna otra noche.

Pasaron unos minutos, en los cuales la nieve arremolinada pareció querer protegerla, envolverla en su manto blanco.

Pero la nieve no podía protegerla, y ella lo sabía, porque estaba oyendo cada vez más cerca aquel deslizarse del espanto sobre la tierra, una tierra en la que se posaba la nieve, dejando oscuras manchas aquí y allá, como estigmas de leproso.

Cuando el viento se calmó, cuando las ramas dejaron de agitarse, cuando el aullido entre el follaje fue apenas un susurro y la nieve se deslizó suave, dulcemente, el terror surgió de las tinieblas, la envolvió y la hizo suya…

Rodeada de jadeos salvajes, de ojos fosforescentes que poco a poco fueron retrocediendo hasta fundirse de nuevo en la oscuridad de una noche sin fin ni principio, como la noche eterna del infierno.

# CAPÍTULO II

El hombre andaba a trompicones, desafiando la nevada. Era alto y recio, y el cabello que asomaba por debajo de su grueso gorro de piel tenía el tono rojizo de una llama. Se cubría con un chaquetón de piel de cordero, al que la nieve se adhería con tenacidad.

De vez en cuando, intentaba descubrir en el blanco suelo las huellas que buscaba, aunque no parecía tener mucho éxito, a juzgar por sus frecuentes rodeos y cambios de dirección.

Jadeando, se detuvo unos instantes para recobrar el aliento.

Maldijo en voz baja, mirando a su alrededor con desesperación.

El rastro que había perdido parecía haberse esfumado.

No había huellas por ninguna parte, y si las hubiera habido, la copiosa nevada era suficiente para cubrirlas a los pocos minutos de haber sido impresas.

El hombre fornido dio unos pasos indecisos. No sabía qué dirección tomar, y casi empezaba a dudar de si sería capaz de hallar el camino de regreso.

De pronto, en medio de la ventisca, le pareció escuchar un grito lejano, una voz desfigurada por la distancia y el viento. Pero una voz, al fin, rebotando entre los pinos.

Con renovadas esperanzas, el hombre reanudó el camino.

Las tinieblas se cerraban ante él como un muro del que brotaban los troncos de los árboles con traicionera frecuencia, como si surgieran de pronto para cerrarle el paso.

Tropezó una vez tras otra, pero no se detuvo. No había vuelto a oír aquella voz ni ningún sonido como no fuera el ulular del viento en la noche, y la angustia comenzaba a dominarle.

Hizo alto de nuevo, escuchando, tenso, temblando de excitación y de frío.

Entonces el viento amainó, quedando sólo una brisa, que balanceaba dulcemente los grandes copos de nieve. El silencio del

bosque se hizo tan espeso como la propia oscuridad…

Pensaba en la mujer, en el estúpido motivo que la había impulsado a huir y en la situación en que debía encontrarse en medio de la tempestad, la noche y el miedo.

Era seguro que ella tendría miedo, perdida en el bosque y sorprendida por la nevada, el viento y la soledad.

Había que encontrarla cuanto antes. Todo había sido una estupidez, en la que reconocía haber tenido buena parte de culpa. Quizá, por ello, su desesperación aumentaba a cada minuto desperdiciado.

Corrió en la dirección en que le parecía que debía hallarse el sendero que, serpenteando al otro lado del bosque, descendía entre peñas y roquedales hacia la aldea. Quizá ella lo hubiera seguido…

Inesperadamente, aquella cosa gris surgió de la oscuridad, sin un ruido, y se detuvo frente a él.

Sorprendido, el hombre hizo alto y dio unos traspiés, al resbalar en la nieve.

Primero le pareció un enorme perro lobo. Los ojos del animal brillaban con reflejos verdosos en la oscuridad.

Escuchó un sordo gruñido. Después, oyó el suave chapoteo de muchas patas aquí y allá, a derecha e izquierda, y delante de él, como si hubiera toda una jauría acechándole.

Como un chispazo, la comprensión estalló en su mente:

¡Lobos!

Eran lobos grises, salvajes, seguramente hambrientos.

No obstante, razonó, nunca había oído decir que por aquellos parajes merodearan camadas de lobos, tan numerosas. Alguno, aislado, llegado de las lejanas cumbres de las montañas, sí aparecía de vez en cuando.

El animal emitió un corto y ronco aullido. A pesar de la oscuridad, el resplandor de la nieve chispeó en los afilados colmillos de la fiera.

El hombre dio unos pasos atrás cautelosamente, mientras veía aparecer otros puntos verdosos a su alrededor. Ojos fosforescentes, brillantes y salvajes, que le acechaban, disponiéndose a saltarle encima.

Dio media vuelta y echó a correr por el mismo camino que había seguido anteriormente.

Tras él hubo un coro de brutales aullidos y el suave chapoteo de infinidad de patas en la nieve.

El hombre ahogó un grito de terror, y redobló su carrera, mientras las bestias de la noche le acosaban cada vez más cerca…, más cerca.

Por un fugaz instante pensó en la posibilidad de que la mujer hubiera tropezado antes con aquellos animales, y un escalofrío le sacudió de arriba abajo.

Después, ya sólo se ocupó de sí mismo, porque los lobos estaban tan cerca, que oía sus jadeos, su silencioso acoso.

Habían cesado los aullidos. No era natural aquel silencio en unas fieras lanzadas al ataque, hambrientas y sedientas de sangre.

Se movían como sombras, siniestras sombras grises, surgidas de las profundas tinieblas del miedo.

Atrás, a los lados… ¿Quizá también delante de él?

No sabía el tiempo que duraba aquella alucinante huida cuando un tronco, que se materializó en su camino, le cerró el paso. No lo vio hasta que el terrible choque con el árbol le lanzó de espaldas, aturdido.

Una masa peluda y jadeante se abatió sobre él. Sintió los colmillos clavándose en su hombro, y lanzó un alarido, debatiéndose locamente.

Consiguió desprenderse del animal, que rodó gruñendo. Pero ya otros saltaban, procedentes de todas direcciones, sin un aullido, como espectros de muerte.

Un lobo hincó sus colmillos en su muslo, desgarrándolo, con un dolor insoportable. El hombre gritó, golpeando, revolviéndose, pateando con todas las energías de la desesperación.

Sentía las mordeduras implacables que laceraban su cuerpo de arriba abajo, pero no se daba por vencido. Logró atrapar a uno de los animales por el cuello, y giró vertiginosamente, sirviéndose de la peluda bestia como de un mazo.

Hubo una sucesión de golpes sordos, de gruñidos, de chasquear de mandíbulas, de jadeos impacientes.

Unos colmillos se cerraron en su pierna. El lobo tiró, desgarrando la carne y llegando hasta el hueso.

El hombre supo que aquello era el final. Arrojó al lobo que aún sujetaba entre las manos y trató de zafarse del que le apresaba la

pierna.

Un cuerpo pesado cayó sobre sus espaldas. Sintió el terrible mordisco en una mejilla, sacudió la cabeza y los dientes le hirieron más profundamente, desgarrándole hasta el ojo.

Entonces cayó, gimiendo, en medio del revuelo salvaje de infinidad de animales ansiosos de destrozarle.

Dedicó un último pensamiento a la mujer, a su vida, a todo cuanto dejaba atrás…

Y de repente, todo cesó. Le pareció que en el susurro del viento, entre el follaje, se alzaba un sonido extraño y distante, como una voz tenebrosa, ahogada quizá por los jadeos de la manada de lobos que de repente habían cesado en sus ataques…

El hombre volvió la cabeza y, con el único ojo intacto, trató de sorprender el último ataque, el definitivo.

Los lobos se habían inmovilizado. Estaban a su alrededor, formando un círculo, babeantes, con sangre en sus fauces, que goteaban, siniestras.

Y de pronto, girando sobre sus patas traseras, emprendieron la huida, desapareciendo en la negra oscuridad, tan en silencio y tan completamente como si nunca hubiesen estado allí.

El hombre gimoteó, transido de dolor y de espanto, gateando en la nieve, hipando, incapaz de contener tanto dolor como laceraba su cuerpo desgarrado.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció reptando entre los árboles.

De vez en cuando, perdía el conocimiento, y entonces su cara destrozada se hundía en la nieve y ésta se teñía de rojo, y el mismo frío penetraba en sus venas como agujas de hielo, devolviéndole la conciencia…

Una eternidad más tarde, exhausto, delirando, medio loco, el hombre fornido y pelirrojo rodó por un talud hasta el sendero también cubierto de nieve. Instintivamente, arrastrándose, caminando, cayendo y levantándose, lo siguió cuesta abajo.

Hasta que vio las débiles aureolas de luz en la lejanía. Pálidos reflejos en la cortina de nieve, como inmóviles luciérnagas amarillentas parpadeando, guiñando a la noche sus ojos burlones en la seguridad de la aldea.

# CAPÍTULO III

Habían cenado frente al gran fuego de la antigua y vetusta chimenea. En las pupilas de la muchacha brillaba el resplandor de la felicidad, y en todo su cuerpo soberbio, la vitalidad joven de quien ha alcanzado la plenitud.

Era una mujer de unos veinticinco años, de cabellos dorados como la mies extendida al sol, ojos azules, limpios como las aguas de un lago en las montañas. Sus labios rojos tenían la irresistible atracción de un abismo.

—¿Eres feliz? —musitó el hombre sentado frente a ella.

—Absolutamente, amor mío.

Él sonrió.

—Creí que no te gustaría este rincón perdido, en medio del invierno.

—Es un lugar fascinante, créeme. Y me fascina todavía más por ser donde tú naciste.

—Siempre ansié volver —suspiró él—. Guardaba el recuerdo de estas viejas casuchas, de la inmensidad de los valles y de las montañas, de estas gentes…, de tanta miseria. Poco ha cambiado, en tantos años.

—¿Nostalgia, Max?

—Tal vez. Pero en todo caso, es una nostalgia amarga, decepcionada. Estas gentes siguen viviendo como cien años atrás. Apenas queda nadie joven. Los jóvenes se van, como yo me marché un día siendo casi un niño. Y nunca vuelven. Sólo quedan hombres y mujeres viejos, ancianos aferrados a su terruño, a sus creencias, resignados, alimentando las supersticiones de siempre.

—De todos modos; son encantadores, Max. Nunca vi gente más amable en ninguna otra parte.

Él cabeceó.

El comedor de la pequeña posada estaba desierto. Les habían

dejado solos, junto a la lumbre. Oían el gemir del viento más allá de la ventana atrancada, como un lamento incesante.

—¿En qué piensas, querido?

Él sacudió la cabeza.

—En mi niñez —dijo, sonriendo.

—No eres tan viejo.

—Aquí me siento viejo de mil años. Trato de comprender a estas gentes. Comprender por qué se aferran a este lugar. Muchos hubieran podido marcharse, cuando sus hijos y nietos se establecieron en otros lugares. Pero nunca quisieron. Dicen que aquí la tierra les pertenece. Yo creo que son ellos quienes pertenecen a la tierra, Carol.

—Te pones triste, mi amor.

Sonriendo, Max apresó las manos de la muchacha entre las suyas, a través de la mesa.

—¿Contigo frente a mí, triste? Eres el sueño más bello que un hombre pueda concebir, pequeña mía. Viéndote, siento cómo mi corazón salta de gozo.

Ella iba a replicar, cuando se enderezó de pronto.

—¿Qué fue eso? —murmuró, sorprendida.

—¿Qué?

—Oí algo extraño afuera…, más allá de la ventana, quiero decir.

—El viento, por supuesto.

—No, no…

—La nieve, tal vez. El viento la empuja contra los cristales.

—Claro, debí pensar que era la nieve.

Se miraron, sonrientes, felices en la plenitud de su amor joven, limpio y fuerte.

—Me pregunto si, cuando regresemos a Londres, seguiremos amándonos como ahora, Max —suspiró Carol.

—Puedes estar segura. Todo seguirá igual entre nosotros.

—No sé…, siento como si, aquí, los sentimientos fueran más fuertes, más profundos…, más primitivos, quizá.

Él rió.

—Entonces, mejor será que compremos un rebaño de ovejas y nos quedemos para siempre. La vida de pastor debe ser tan sana como dicen, ¿no crees?

—No seas loco, querido.

Una mujeruca vestida de negro entró por una pequeña puerta lateral. Traía una jarra, que depositó junto al fuego.

Nadie podía calcular los años que atesoraba en su cuerpo arrugado, vacilante, ni en sus ojos cansados que parecían haberlo visto todo y sólo esperasen el instante supremo de cerrarse para siempre.

No obstante, se animaron al fijarse en la joven pareja. Incluso sonrió con su boca sin dientes.

—Esperen un poco —musitó—. Dejen que el vino se caliente, y luego beban. Nunca habrán probado nada igual.

—Muchas gracias, señora…

Siguió mirándoles. De pronto, dijo:

—Yo conocí a tus padres, Max Bihar. Y a tus abuelos. Buena gente todos, hijo.

—Sí lo fueron —concedió Max—, aunque nunca quisieron reunirse conmigo en Londres.

—¿Londres?

Él comprendió que la anciana no sabía, siquiera, qué significaba aquella palabra.

De modo que lo dejó correr, y dijo, cambiando de conversación:

—¿Cree usted que mañana habrá cesado la nevada?

—Es posible. En este tiempo, la nieve nunca cae durante más de un día o dos. Y éste es el segundo día que nieva sin cesar.

—¿Y se podrá salir?

—Claro. La nieve estará blanda, a menos que hiele tanto, que se convierta en piedra.

—En cuyo caso, no se podrá andar por el monte, ¿no es cierto, abuela?

—¿El monte? —murmuró la vieja.

—Queremos visitar el castillo.

La muchacha dijo:

—He oído hablar tanto de ese castillo feudal, que ya casi lo conozco. ¿Queda muy lejos de aquí?

La anciana les miró de un modo extraño, con sus pupilas sin luz.

—Nadie visita el castillo, desde hace años, hijo…, muchos años.

—Pero se puede llegar a él, desde aquí, incluso con nieve. Por lo menos, recuerdo que cuando era niño…

—Con toda esa nieve no se puede llegar al castillo de los

Szalasky —replicó la vieja.

Y dando media vuelta, volvió a dejarles solos.

La muchacha murmuró:

—¿Por qué se ha enfadado, Max?

—¿Qué te hace creer que se ha indignado? Es sólo una anciana muy amable.

—Pero en su voz había enfado, al final.

—Tonterías. ¿Vamos a probar ese vino caliente, cariño?

—¿Será tan delicioso como ella aseguró?

—Ahora lo sabremos…

Se inclinó sobre la lumbre.

En aquel momento, la muchacha dio un respingo, y atenazó sus dedos.

—¡Max!

—¿Qué pasa?

—¡Lo oí otra vez!

—¿La nieve?

—¡No, no! Hay alguien al otro lado de la ventana…

—Tonterías, querida.

—¡Te digo que lo oí! Alguien, arañando los cristales…

—¿Arañándolos? Nena, no me digas que el aullido del viento te ha puesto nerviosa.

Tras ellos, la voz de la vieja dijo, con voz quebrada:

—No es el viento, Max Bihar. Tu joven esposa ha oído bien.

Se volvió en redondo.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Sólo el diablo sabe qué hay al otro lado de la ventana…, pero no es el viento. Nosotros también lo hemos oído… en otra ventana.

Perplejo, él se irguió poco a poco.

Cuando comprendió, una sonrisa alegre distendió su boca firme.

—¡Ya entiendo! Las viejas supersticiones. Pero, abuela, ¿es posible que aún sigan creyendo en todas esas tonterías?

La mujer meneó la cabeza, y sólo musitó:

—De cualquier modo, lo que sea se quedará allá fuera. Bebed el vino, es muy tarde.

Inesperadamente, él también lo oyó.

Fue como un roce furtivo, igual que si unas uñas afiladas arañasen el cristal helado, más allá de los postigos. Después, el

extraño rumor sonó como un débil golpe, y cesó.

—¿Oíste? —murmuró su joven esposa, impresionada.

—Un perro, tal vez, que pide cobijo en una noche endiablada.

—Un perro arañaría la puerta, Max Bihar —sentenció la vieja.

—Entonces, ¿qué cree usted que es?

—Sólo el diablo puede saberlo.

Él sacudió la cabeza.

—De cualquier modo, nosotros también lo sabremos ahora mismo.

Se encaminó a la ventana resueltamente.

La vieja corrió tras él, con una agilidad impropia de sus muchos años.

—¡No, hijo, no abras!

—Abuela, ya tiene usted edad suficiente para no creer en fantasmas.

—Mis años me han hecho prudente. No abras.

El roce se repitió, una vez más, chirriante, furtivo.

Max gruñó:

—Voy a abrir, abuela. Suélteme, por favor.

—Hazlo por nosotras. Por mi hermana, por su anciano marido…, por mí. Y por tu esposa también. Ella es tan hermosa…

—¿Va a decirme que necesitaremos una ristra de ajos? —se burló Max, echándose a reír.

Se desprendió de la anciana, y llegó a la ventana en dos saltos.

Tras él, su bella esposa se le unió, impresionada a su pesar.

—Ten cuidado, querido —musitó.

—¿Tú también tienes miedo, una joven, hermosa y sofisticada londinense?

—No lo sé.

Él descorrió el cerrojo de hierro que aseguraba los postigos de vieja madera, y los abrió.

Al otro lado de los cristales, la nieve semejaba un inmenso sudario que quisiera envolver el mundo.

—Nieve —dijo—. Sólo nieve. ¿Te convences ahora?

Se volvió hacia su esposa, al hablar. Sorprendió el suspiro de alivio de la muchacha.

Pero, repentinamente, vio demudarse sus facciones, desorbitarse sus ojos con un horror infinito, y un alarido agudo y prolongado

escapó de sus labios crispados, al tiempo que se cubría la cara con las manos.

—¿Qué demonios…?

Giró en redondo hacia la ventana.

Lo que vio le heló la sangre, con un ramalazo de espanto.

Porque ahora, tras los cristales, surgía una cabeza monstruosa, horrible, en la que un ojo terrible le miraba con salvaje fijeza, mientras el otro no era más que una pulpa oscura, que se mezclaba con la cara informe y desgarrada.

El lado izquierdo de aquella espeluznante cabeza era también un revoltijo, del que había desaparecido la oreja, y mechones de cabellos helados colgaban, sostenidos por los jirones de cuero cabelludo medio arrancado.

Max soltó un juramento.

La vieja, aullando, huyó hacia el interior de la casa, mientras Carol continuaba chillando como una loca.

Aquel rostro de pesadilla se sostuvo unos instantes pegado a los cristales, con aquel ojo extraviado fijo y quieto como un globo de cristal…, y luego fue deslizándose poco a poco hacia abajo hasta que desapareció.

—¡Carol, cálmate!

—¡Está ahí…, esa cosa horrible…!

—¡Es un hombre, pequeña!

—¡No, no!

—Debe haber sufrido un accidente… No te muevas.

—¡Max!

—Hay que ayudarle.

—¡No salgas, Max!

Pero él ya corría hacia la puerta. La abrió, y una ráfaga de aire arremolinó la nieve, empujándole hacia atrás.

Salió encorvado, hundiéndose en la nieve y en la oscuridad.

Vio el bulto informe al pie de la ventana, por cuyos cristales brotaba la amarillenta luz del interior.

Se inclinó sobre él, y trató de levantarlo.

Era corpulento y pesado.

Al darle la vuelta, descubrió su verdadero estado, y se horrorizó. Todo el cuerpo estaba convertido en una desgarradura, y su rostro, visto de cerca, era mucho más espantoso que a través de los

cristales.

—¡Dios bendito! ¿Qué le ha sucedido?

El hombre jadeaba débilmente. Un sordo gruñido brotó de su garganta, y entre sus labios burbujeó la sangre.

Max echó mano de todas sus fuerzas, y consiguió levantarlo hasta dejarle apoyado contra la pared.

Se lo cargó al hombro, y echó a andar, bamboleándose bajo el gran peso.

Se detuvo en la puerta, porque ésta era pequeña, y apenas le permitía el paso con su carga atravesada sobre sus hombros.

Se volvió para entrar de costado.

Entonces creyó ver, a lo lejos, entre el manto de la nieve, una oscura sombra inmóvil. Una forma alta, negra, con el contorno difuminado por la espesa cortina blanca.

Cuando aguzó la mirada, la misteriosa visión retrocedió y la perdió de vista.

Sabía que, en medio de la nevada, los arbustos adquieren, a veces, extrañas formas y fantasmales visiones.

Sacudió la cabeza, disgustado por sentirse impresionado, a su pesar.

Al fin, entró y cerró la puerta nuevamente. El cuerpo inerte, cada vez pesaba más.

Al aproximarse al fuego, Carol retrocedió, mirándole con ojos desorbitados de terror.

Él dijo secamente:

—Es sólo un hombre herido, Carol. Voy a necesitarte.

—Pero…

—No sé qué le hizo esas horribles heridas, pero te repito que precisa ayuda urgente. Aparta los vasos de la mesa.

Lo tendió encima, frente a las llamas. Carol trató de sobreponerse a su terror, y se aproximó.

Se quedó allí, temblando, horrorizada.

Max llenó un vaso de vino caliente, levantó la cabeza del desconocido, y trató de hacerle tragar el alcohol.

—En la maleta grande está mi maletín, querida. ¿Quieres traerlo?

Ella no se movió.

Volviéndose, Max la miró, y esta vez en sus ojos grises había una

inusitada dureza.

—¡Carol! —exclamó.

—Lo…, lo siento…

La muchacha corrió en busca de lo pedido.

Entretanto, él volvió a verter el vino en la boca jadeante del herido.

—¿Puede oírme, amigo? —preguntó, con voz suave.

No obtuvo respuesta.

Cuando la muchacha regresó, trayendo un pequeño maletín negro, Max estaba sirviéndose un vaso de vino para sí mismo. Lo cedió a su esposa, y llenó otro, del que saboreó un largo sorbo.

—Es tan bueno como dijo la anciana… Deberás ayudarme, querida…, como si estuviéramos en el hospital.

—Yo…, yo…, Max, tengo miedo.

En la puerta interior estaban inmóviles dos mujeres y un hombre. Ninguno de ellos tendría menos de setenta años.

La anciana murmuró:

—No debiste entrarle en nuestra casa, Max Bihar.

—¿Por qué dice eso, no comprende que es una monstruosidad? Este hombre necesita ayuda…, está terriblemente herido.

—Debió quedarse fuera.

—Tonterías. Necesitaré agua caliente y muchas vendas. Habrá que rasgar una sábana limpia, haciéndola tiras. Dense prisa. Primero, el agua.

Carol empezó a reaccionar. No en vano había trabajado durante años en el Center Hospital de Londres.

El hombre se quejó con voz débil.

Max insistió:

—¿Me oye?

—Lobos…

—¿Qué dice?

—¡Lobos…!

—Ahora comprendo.

Una especie de sordo sollozo brotó de la garganta del herido.

—¡Por favor… Mage…, por favor…!

—Cálmese. Voy a curarle. Soy médico, ¿comprende? ¡Médico!

—¡Mage…!

El rostro informe se crispó, contorsionándose de manera

espantosa.

Max le examinó, arrancando jirones de ropas desgarradas por los colmillos de los lobos.

Sin dejar de trabajar, preguntó:

—¿Suelen acercarse a la aldea las manadas de lobos?

—No hay lobos en esta región.

Se irguió, mirando a los tres ancianos. La vieja había vuelto a cerrar los postigos, y era ella quien hablara.

—Han atacado a este hombre —dijo—. Y no puede haber sido muy lejos de aquí, o de lo contrario ese desgraciado jamás hubiera podido llegar.

—El diablo sabe lo que ha pasado afuera.

—¡Deje en paz al diablo! Eso es cosa de este mundo. Lobos. Una manada de lobos salvajes, porque un animal solo no habría causado esta carnicería.

—Cuando tú eras niño, Max Bihar… ¿Viste lobos alguna vez en la comarca?

—No, pero…

—No hay lobos —sentenció la vieja.

Encogiéndose de hombros, el joven médico puso manos a la obra.

También Carol había reaccionado. Su eficiente ayuda se manifestó entonces, a pesar de su miedo, de sus náuseas, que apenas podía contener, subyugada, no obstante, por las hábiles manos de experto cirujano, que tantas veces admirara en los quirófanos del hospital.

Fue un trabajo largo, sangriento y laborioso, que duró horas enteras.

Los viejos les habían dejado solos. No querían saber nada del desconocido de rostro irreconocible.

Cuando Max se echó atrás, empapado de sudor, cansado, murmuró:

—Ya está…, aunque sólo Dios sabe cómo reaccionará. Habría que llevarlo a un hospital, pero con esa cantidad de nieve allá fuera…

—¿De veras crees que fueron los lobos?

—¿Qué otra cosa si no? Él mismo lo dijo. Y había profundas señales de colmillos por todo el cuerpo… ¡Claro que fueron lobos!

—Entonces, Max, ¿por qué no acabaron con él, por qué le dejaron vivo? Herido como estaba, no debió ofrecer mucha resistencia…

Él arrugó el ceño.

—Eso deberá explicarlo él, cuando pueda —murmuró.

—Por lo que recuerdo haber leído, los lobos salvajes, que en el invierno descienden de las montañas, están hambrientos…

—Sí. Huyen de las cumbres porque no encuentran caza. No pueden alimentarse si no es en el llano, donde atacan los rebaños, y a veces, los corrales, si su hambre es demasiado violenta.

—¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí. Hubieran descuartizado a ese desgraciado, en circunstancias normales.

—Eso es. Y le dejaron vivo.

—Tal vez algo los asustó…, aunque maldito si comprendo qué pudo asustar a una manada de lobos salvajes y hambrientos.

—Él nos lo dirá…, si vive.

—Debes acostarte, Carol. Yo llevaré a ese hombre a una cama, y me quedaré junto a él durante el resto de la noche.

—Está bien. Pero no te sorprendas si me oyes chillar. Voy a sufrir pesadillas horribles, después de…, de todo esto.

Él admitió que, en verdad, aquélla era una noche como para sufrir las más disparatadas pesadillas…

Muy distinta de como él la imaginara al principio.

# CAPÍTULO IV

El hombre recobró el conocimiento cuando los albores de la amanecida rompían en pedazos la negra noche.

Su único ojo giró alrededor, asombrado, alucinante.

Tropezó primero con la pequeña luz encendida sobre la mesa del dormitorio. Después descubrió a Max, y parpadeó por primera vez…

Su cabeza estaba envuelta en vendajes, lo mismo que todo su cuerpo. Max sabía cuánto debía dolerle.

Se acercó al lecho, y sonrió.

—¿Cómo se siente?

—¿Quién…?

—Me llamo Max Bihar. Soy médico.

—¿Y…, y ella?

—¿A quién se refiere?

—Mage…

—Usted llegó solo, anoche. ¿Quiere decir que había una mujer con usted, cuando le atacaron los lobos?

—No, no… ¡Los lobos!

Un chispazo de terror incendió su ojo inyectado de sangre.

—¿No le atacaron a usted?

—Sí, sí…, por lo menos había veinticinco o treinta…

—Cálmese.

—Bestias enormes…, grises…

—Necesita descanso. Ya lo contará todo, cuando se halle más repuesto.

El hombre jadeaba. Un gruñido sordo parecía retumbar en el fondo de su pecho. Max arrugó el ceño porque aquel síntoma no le gustaba en absoluto.

—Me rodearon…, malditos… Pero Mage debía…, debía estar en el bosque…

—Entonces, quizá se salvó.

—Sí, tal vez…

—¿Cómo huyó usted de los lobos?

Aquel ojo alucinante se clavó en él, con extraña fijeza.

—Yo no huí…, estaba caído. Recuerdo que clavaban sus colmillos en mi cuerpo…, iban a devorarme… ¡Oh, Dios! Veía sus fauces…, goteando sangre…

Se estremeció. Max estuvo a punto de recomendarle que lo olvidase todo y descansara, pero su inmensa curiosidad pudo más y esperó.

El desconocido añadió:

—Iban a devorarme…, yo estaba vencido, y ellos habían probado mi sangre…, y entonces dieron media vuelta y se fueron.

—Eso, amigo mío, debió soñarlo. Los lobos nunca abandonarían una presa, en esas condiciones.

—Lo recuerdo… perfectamente…, desaparecieron en la oscuridad.

Max meneó la cabeza, incrédulo, y no replicó. Después de todo, su paciente necesitaba descanso.

—Ahora, trate de dormir —dijo—. Aquí está a salvo.

—Pero Mage…, hay que encontrarla…

—¿Por dónde se extravió?

—En los bosques… de…, de Szalasky.

Max dio un respingo.

—¿Cerca del castillo?

—No…, abajo, en los bosques.

—Está bien, trataré de que la busquen. Ahora, intente dormir.

Apagó la luz, y salió de la rústica habitación.

Carol dormía, con un sueño profundo y tranquilo. Ni siquiera las pesadillas habían podido turbarlo.

Procurando no despertarla, Max la besó suavemente y descendió a la planta baja.

Fuera, había cesado de nevar, las nubes se rasgaban, y un sol pálido y sin fuerza asomaba por las rasgaduras, alumbrando un paisaje blanco, gélido, triste y deprimente.

* * *

Habían llegado uno tras otro, primero temerosos, cohibidos por la presencia de Max y su joven y bellísima esposa, hablando en voz baja, preguntando, aventurando insospechadas teorías sobre el herido.

Alrededor del mediodía había en la casa no menos de quince vecinos de la aldea, todos con edades avanzadas.

Querían ver al herido, comprobar si era alguien conocido o no, saber si era cierto que estaba destrozado por los lobos, inquirir detalles, como impulsados por una insaciable morbosidad.

Sólo que sus motivos no obedecían a morbosidad alguna, sino más bien al temor ancestral que les había acompañado a lo largo de toda su vida.

Max estaba asombrado, obligado a contar una y otra vez el estado en que se hallaba la víctima de los lobos, ya que había prohibido que nadie subiera a la habitación, turbando el descanso de aquel hombre.

Cuando terminaba su explicación, invariablemente, el interlocutor sentenciaba:

—No hay lobos en esta región, señor.

Había acabado por no discutir. Se limitaba a hacer un relato breve y conciso, y eso era todo.

Luego, a primeras horas de la tarde, un viejo despavorido hizo su aparición en la aldea, sembrando la alarma y el desconcierto.

Desde una ventana, Max vio cómo el recién llegado hablaba, expresándose con grandes gestos, reuniendo a su alrededor un nutrido grupo de oyentes.

Se dirigió a la puerta, y salió, hundiéndose en la nieve.

—¡Juro que la he visto! —jadeaba el hombrecillo.

Llevaba una pesada zamarra de piel de oveja y un gorro lanudo que le tapaba la cabeza hasta las cejas.

Max captó el atemorizado silencio de quienes le escuchaban.

Entonces preguntó:

—¿Qué es lo que vio, abuelo?

El viejo clavó en él unos ojos en los que latía el miedo.

—¡Una mujer, señor! —balbució.

Al instante, Max pensó en la que mencionara el herido…

—¿Dónde, cómo estaba?

—Muerta, desde luego. En el bosque, al pie de un árbol.

—¿La conocía usted?
—No, era forastera…
—Mage —musitó.
—¿Qué dice, doctor?
—El hombre que llegó herido habló de una mujer, amiga suya. Al parecer, anduvo buscándola por los bosques. Quizá se trate de la misma.
El silencio que siguió a sus palabras hubiera podido cortarse con un cuchillo.
Él miró los rostros ceñudos, atemorizados, de los viejos campesinos y gruñó:
—Bueno, ¿qué pasa, he dicho algo inconveniente?
—No, doctor…, es sólo la manera cómo murió esa mujer —dijo alguien.
—¿Cómo murió?
—Yo se lo diré —murmuró el viejo pastor que había realizado el descubrimiento—. No tiene ni una gota de sangre en el cuerpo.
El joven médico dio un respingo.
—¡Ya salió! La vieja superstición del vampirismo. ¿No se han dado cuenta todavía de que estamos en el siglo veinte?
—Yo sólo le digo lo que vi. No tiene ni una gota de sangre…, y en cambio, hay dos pequeñas heridas en su cuello.
—Pamplinas. ¿Dónde está esa mujer?
—En el bosque…
—¿En qué lugar del bosque? No podemos dejarla allí, expuesta a que los lobos despedacen el cadáver.
—Nunca han habido lobos en esta región.
—Empiezo a cansarme de oír semejante cantinela. Si no fueron una manada de lobos, ¿quién despedazó al hombre que llegó anoche?
Hubo un general encogerse de hombros, pero ninguna respuesta.
—La mujer está a corta distancia del camino, sobre el lugar conocido por La Roca.
—Iremos a buscarla —decidió Max.
—¿Quiénes?
—Cualquiera. Dos o tres hombres bastarán.
Nadie mostró el menor deseo de salir voluntario.
Él los miró, uno a uno. No había nada en aquellos rostros

curtidos, arrugados y sombríos.

—¿Es que nadie quiere ir a buscarla?

Tampoco obtuvo respuesta.

Lanzó un gruñido de disgusto, y se dirigió a la posada.

El grupo se disgregó, pero la noticia del hallazgo macabro y diabólico corrió como un reguero de pólvora.

Carol musitó:

—Lo he oído todo, desde la ventana, Max. ¿De veras piensas aventurarte en los bosques?

—Hay que traer el cuerpo de esa desgraciada. Es inhumano dejarlo abandonado, a merced de esa manada de lobos que merodean por las cercanías.

—No puedes ir tú solo, querido.

—No, yo desconozco estos parajes. Alguien deberá guiarme, pero me pregunto si todo el mundo tendrá tanto miedo.

Desde un rincón, una voz gruñó:

—Todos lo tienen, doctor.

Éste se volvió.

Había un vejete sentado ante la mesa más apartada, bebiendo vino y chupando una pipa apagada de gran cazoleta.

Sonrió, mostrando una boca en la que bailoteaban un par de dientes no muy seguros.

—Dije que todos tienen miedo, doctor —repitió con su voz cascada—, y usted también debería tenerlo, si atesorase la experiencia de toda esa gente.

—¿Quiere burlarse de mí? Temer a las supersticiones es una estupidez. Y ahora que se me ocurre, usted no parece tomarse la cosa muy seriamente…

De nuevo, el viejo dejó escapar una risita.

—Verá usted —dijo—, la experiencia me aconseja desentenderme de todo lo que no comprendo. Es más seguro, ¿entiende? Pero tengo dentro un gusanillo, que rebosa curiosidad. Yo le guiaré hasta ese lugar… La Roca.

—Menos mal que encuentro a alguien con sentido común.

—No, doctor. Si yo tuviera sentido común, ahora me encerraría en mi casa, pondría una ristra de ajos en cada ventana y una cruz de plata en cada puerta, y esperaría los acontecimientos. Pero ya le dije que el gusanillo de mi insaciable curiosidad es más fuerte que

la prudencia…

Max sonrió. Carol le miró con creciente inquietud.

La muchacha musitó:

—No comprendo por qué debes ser tú quien se arriesgue, amor mío.

—¿Qué riesgo voy a correr? Los lobos se mantendrán a distancia, durante el día. Además, no pienso ir desarmado. Alguien debe tener una escopeta de caza en la aldea.

El viejo gruñó:

—Yo tengo una, pero ya puede jurar que no se la prestaré a usted.

—¿Por qué no?

—¡Je, je! Porque voy a ir tan agarrado a ella, que se asombrará de lo bien que nos entendemos ella y yo.

—Bueno, algún otro tendrá un arma, ¿no?

—Yo me ocuparé de eso, doctor. Le conseguiré una buena escopeta… Volveré dentro de quince minutos.

Se levantó. Era alto y delgado, y a pesar de sus años, parecía ágil y fuerte. Caminó cachazudamente hacia la puerta y desapareció.

Carol musitó:

—Tengo miedo, Max.

—¿De qué, de la manada de lobos?

—No puedo decir de qué tengo miedo, pero es algo que está en el ambiente…, como una fuerza maligna que flotara en el aire, en la atmósfera…, una presencia amenazadora, tal vez.

—Cariño, recuerda que sólo esas gentes viejas, apegadas a sus tradiciones, son capaces de creer en fantasmas, vampiros y otro centenar de monstruos, creados por su imaginación.

—De cualquier modo, un hombre estuvo a punto de morir, y una mujer está muerta en el bosque, Max. Eso no es obra de fantasmas.

—Ciertamente. El hombre fue atacado por una manada de lobos. Y la mujer no sabemos aún cómo murió. Pudo extraviarse y perecer de frío. No lo sabremos hasta que podamos examinarla.

La muchacha no insistió. Sabía que nada haría desistir a Max de su determinación.

—Voy a dar un vistazo al herido, antes de irme…

El médico subió a la habitación, y comprobó que el hombre descansaba, aunque sumido en un letargo inquieto. Su rostro era

tan blanco como la sábana, a causa de la debilidad y la enorme pérdida de sangre.

Pero si continuaba reposando, quizá aún pudiera reponerse, aunque quedase con el rostro espantosamente desfigurado, y todo el cuerpo sembrado de horrorosas cicatrices.

Max corrió la cortinilla de rafia que cubría la ventana, y retrocedió, entrando en su propio aposento.

Abrió la maleta grande, revolvió entre las ropas, y al fin encontró lo que buscaba.

Sacó una pistola automática, y comprobó que estuviera cargada. Era una «Beretta» pesada y segura. La guardó en el bolsillo trasero del pantalón, se ciñó la chaqueta y, embutiéndose en un pesado abrigo con cuello de piel, descendió de nuevo a la planta baja.

Carol le aguardaba junto al fuego.

—Estaremos de vuelta antes de lo que imaginas —prometió—, y no nos sucederá nada, querida.

—Ojalá no te equivoques.

Él la besó en los labios, al sentarse junto a ella.

Tras ellos, la voz cascada del viejo se dejó oír:

—Doctor, ésta es una ocupación más agradable que caminar por la nieve…

Max se volvió, con un respingo. El viejo tenía una expresión burlona en la cara. Se le antojó un viejo fauno libidinoso, pero sus ojillos rezumaban ironía y bondad, y eso dominó el resto de su primera impresión.

El viejo le alargó una pesada escopeta de dos cañones.

—Tenga cuidado, está cargada con postas de cazar lobos. Y aquí tengo un puñado de cartuchos para usted también…

Le entregó una caja de cartón. Max repartió los cartuchos en los bolsillos del abrigo y gruñó:

—¿Cómo he de llamarle, abuelo?

—Todos me llaman Nograd.

—¿Quiere decir que no es ése su nombre?

—Yo mismo casi olvidé cómo me llamo, en realidad. Pero la casa donde he vivido casi toda mi vida es la casa de los Nograd, así que con Nograd me he quedado.

Max le observó con redoblada curiosidad. Sonrió, despidiéndose de su joven esposa, y los dos hombres salieron al exterior.

La nieve estaba blanda, pero el viejo vaticinó:

—Esta noche se helará. Por la mañana, quien se atreva a salir, lo hará patinando o rompiéndose la crisma… ¿Vamos, doctor?

—Sí, Nograd, no perdamos más tiempo. ¿Queda muy lejos ese lugar?

—¿La Roca? Bastante…, no podemos entretenernos mucho, si hemos de estar de vuelta antes de la noche.

—Andando, entonces.

Echaron a andar por la empinada calle, hacia los oscuros bosques que se desparramaban por las montañas, al fondo del paisaje. Sobre los bosques, irguiéndose en la cúspide de un impresionante farallón de roca viva, se distinguía confusamente el viejo castillo medieval de los antiguos señores del lugar, los Szalasky.

Al doblar un recodo del sendero cubierto de nieve, dejaron de ver la aldea, con sus viejos y oscuros tejados.

A Max se le antojó aquélla una extraña soledad.

# CAPÍTULO V

La mujer estaba sentada con la espalda apoyada en el grueso tronco de un pino. La nieve caída le había cubierto las piernas, y parecía tan rígida como una tabla.

—Espere, Nograd, no se acerque a ella aún —exclamó Max.

El viejo venteó el aire como un perro de muestra.

—Se acerca viento —murmuró—; el *crivets*, seguramente. Démonos prisa, doctor.

—Quiero ver si hay huellas alrededor…

—¿Después de tanta nieve como cayó?

—Mire…

—Son las del viejo Bakony, el pastor. Él anduvo por aquí hoy, cuando ya no nevaba.

Max hubo de reconocer que el anciano llevaba razón.

—Tiene usted más experiencia que yo, Nograd. Écheme una mano, la sacaremos de aquí.

Dejaron las escopetas apoyadas en el tronco de un árbol, y, hundiendo los pies en la nieve, se aproximaron a la mujer muerta.

Una ráfaga de viento agitó las copas de los árboles.

—Ya empieza —rezongó el viejo.

—¿Qué?

—El viento…, el endiablado viento de las montañas. Nos va a zarandear de lo lindo.

Max estaba inclinado sobre el cadáver, examinándolo detenidamente. Entretanto, Nograd se ocupó de apartar la nieve que cubría las piernas extendidas de la desgraciada.

—Es extraño…

—¿El qué, doctor?

—Esas heridas del cuello.

El viejo soltó una maldición entre dientes.

Desconcertado, Max palpó suavemente la piel de la mujer. El

frío de la noche la había helado, y era rígida y dura. No obstante, sus dedos expertos siguieron tanteando a lo largo de la vena grande. Apartó el grueso cuello del jersey, y deslizó los dedos hacia abajo…

Se irguió al fin, perplejo.

—Qué, doctor, ¿nos vamos?

—Sí…

Inesperadamente, una violenta ráfaga de viento les zarandeó hasta casi derribarles.

—¡Ya está aquí ese maldito viento! —Rezongó el viejo, sujetándose a un tronco—. O nos damos prisa, o nos hará volar, doctor.

—Ayúdeme a cargarla en mi hombro. Usted llevará las escopetas.

El anciano hizo lo que se le pedía. La mujer, rígida, pesaba más de lo que cabía imaginar.

Max se bamboleó un instante bajo el peso y la furia del viento, que llegaba a ráfagas, azotando los árboles, aullando entre sus ramas con un quejido lastimero, casi humano.

Echaron a andar, en busca del sendero.

Entonces, en alguna parte, un lobo aulló.

Fue un aullido largo, agudo y lastimero, que se alzó por encima del viento dominando cualquier otro sonido.

—¿Oyó eso, doctor? —masculló el viejo.

—Seguro. Un lobo.

—Y apuesto que no está solo.

—Si se trata de la misma manada que atacó a aquel hombre, nos van a dar un susto, Nograd. Ese aullido ha sonado muy próximo.

—Cualquiera sabe…, el viento lleva los sonidos a gran distancia.

Apresuraron el paso, luchando contra las ráfagas de viento, resbalando en la nieve blanda o hundiéndose en ella hasta las rodillas, cuando caían en una depresión del terreno.

Nograd miraba alrededor con ojos inquietos, escuchando con todos sus sentidos alerta.

El lamento del lobo no había vuelto a oírse, pero eso no le tranquilizaba, ni mucho menos.

El viento arreciaba, por instantes. Era un viento como Max no había experimentado nunca, desde su niñez, y aún los recuerdos de aquella época estaban confusos en su mente.

El ventarrón rugía con una furia increíble, doblando amenazadoramente los troncos de los árboles, agitándolos como cañas. Una ráfaga zumbó de costado, y los dos hombres rodaron por la nieve igual que muñecos. El cadáver de la mujer escapó de las manos ateridas de Max, y rebotó a gran distancia.

Maldiciendo en voz alta, Nograd recuperó las escopetas, afianzando los pies, antes de moverse.

—¡Doctor! ¿Está usted bien?

—Sí… ¡Maldito viento!

A trompicones, corrió hacia donde había caído el cuerpo de la mujer, y medio a rastras regresó al invisible sendero.

El viento levantaba nubes de nieve, cegándoles, sumergiendo la tierra bajo un manto que desdibujaba los contornos de los árboles, las rocas o los matorrales. De las copas de los pinos se desprendían también masas de nieve, que se desplomaban pesadamente, resquebrajando el ramaje con un estrépito que se mezclaba al agudo alarido del vendaval.

Avanzaron penosamente. El viejo rezongaba su disgusto, sin cesar.

—Debí haber hecho caso de la experiencia —graznó, en un momento determinado—. Le confieso que eso no me gusta en absoluto, doctor.

—Démonos prisa…

—Apenas veo nada…, y está oscureciendo.

—¡De prisa, de prisa, Nograd!

Sólo que era inútil tratar de apresurar el paso. La nieve blanda obligaba a un ritmo lento, y tratar de alterarlo era rodar por ella.

El rápido crepúsculo invernal se cernía ya, cuando una exclamación del anciano hizo detenerse a Max, bamboleándose bajo el peso del cadáver que transportaba sobre sus hombros.

—¿Qué le pasa, abuelo? —jadeó.

—¡Que me condene!

—Bueno, tómelo con calma. ¿Qué sucede?

—¡Nos hemos extraviado! Esa ventisca me ha confundido…, y estamos caminando en círculo, si no me equivoco…

Un escalofrío sacudió a Max. Por primera vez, sintió el temor que hasta entonces había logrado mantener lejos de sí.

—Haga un esfuerzo, Nograd. Hemos de encontrar el sendero, o

estamos perdidos. No resistiríamos una noche a la intemperie, con la helada…

—¿Cree que no lo sé? Soy un vejestorio estúpido, inútil y aturdido. Debí quedarme en casa.

—No hable, y busque ese sendero, hombre.

—Retrocedamos…, creo que nos hemos desplazado demasiado al Este…

Rendido de fatiga, Max siguió al viejo, mientras sobre ellos se oscurecía el cielo, y el ventarrón les arrojaba oleadas de nieve convertida en diminuto y helado polvo, azotándoles, cegándoles dolorosamente.

—Si pudiera ver el castillo —rezongó Nograd—, podría orientarme. Pero es imposible, con esa niebla de nieve volando sobre los árboles…, y pronto será tan oscuro que no veremos ni la punta de la nariz. Creo, doctor, que le he metido en una ratonera.

—No es culpa suya, abuelo. Sigamos. Si nos detenemos, estamos perdidos.

Nograd pensó para sus adentros que lo estaban de todas maneras, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

Ninguno de los dos hubiera podido decir cuánto tiempo llevaban en aquella marcha de pesadilla, cuando el desnudo roquedal apareció ante sus doloridos ojos.

Nograd soltó un quejido.

—¡Nos hemos alejado más y más de la aldea, doctor! —exclamó.

—¿Qué lugar es éste?

—Las peñas de Szalasky. Allá arriba está el castillo, aunque, para subir a él, si hay alguien lo bastante insensato como para intentarlo, hay que rodear el monte…

—Bien, no sirve de mucho lamentarse, ¿eh?

—Quizá, si hubiera por lo menos una grieta donde refugiarnos…

Caminaron a lo largo del abrupto roquedal, sorteando los grandes matorrales, sacudidos por el viento, empapados y casi sin fuerzas.

De repente, el largo aullido de un lobo retumbó entre la ventisca. Instantáneamente, fue coreado por multitud de otros animales, y sus aullidos se alzaron tan próximos, que Max sintió el pánico, por primera vez.

—¡Lo que nos faltaba, doctor! —masculló el anciano.

Apresuraron el paso, rodeados por la creciente oscuridad.

Iban pegados a la roca, que les protegía en parte de las embestidas del viento. Fue gracias a esa precaución, que pudieron avanzar con más soltura.

Hasta que Nograd gruñó:

—¡Mire, doctor!

Éste ladeó la cabeza. Entre los árboles, donde la oscuridad era ya completa, fulguraban los destellos verdosos y amenazadores.

—¡Los lobos! —jadeó.

—Voy a mandarles mis saludos.

El viejo se echó su escopeta a la cara, apuntó y soltó los dos tiros, sin vacilar.

En medio del vendaval, el estruendo de los disparos apenas si resonó, pero sí se oyó claramente el aullido de muerte de la fiera.

—¡Je! ¿Qué le parece? Acerté.

Max, sin aliento, se recostó en las rocas.

—Vendrán los demás…, olerán la sangre de su compañero muerto, y acudirán todos, malditos sean.

—Tenemos las rocas a nuestra espalda, de modo que no podrán atacarnos por detrás…

Max, en plena oscuridad, se libró del peso del cadáver, y lo apoyó en las rocas.

El cuerpo se le fue entre las manos igual que si se hundiera en la roca viva, volatizándose.

Lanzó un grito de estupor. Junto a él, Nograd graznó:

—¿Qué le pasa, doctor?

—¡La mujer…!

—¡No me diga que resucita!

—Ha…, ha desaparecido…

—¡Je! Cuando digo que debí quedarme en casa…

Max tanteaba la oscuridad.

Allí donde debía haber un muro de roca no había nada.

Sus pies se enredaron con el cuerpo caído, y se fue de bruces hacia delante, con un sordo quejido.

Nograd aulló:

—¡Doctor! ¿Qué demonios pasa aquí? ¡Doctor Bihar!

—Aquí… hay una cavidad, venga.

El viejo se precipitó tras él, y se dio de narices contra la roca.

Rebotó y quedó sentado en la nieve, maldiciendo en todos los tonos.

—¡Aquí, Nograd!

—¿Cómo hizo para atravesar las rocas, hombre?

—¡Estoy aquí!

Arrastrándose, Nograd tanteó el farallón hasta descubrir la cavidad.

—¡Cuernos! Me pegué un buen trastazo en la nariz…, creo que estoy sangrando, doctor.

—Cuidado, no pise el cuerpo de esa mujer…

—Confieso que prefiero la compañía de un cadáver que la de esos malditos lobos… ¿Estamos en una grieta o es una cueva?

—Una cueva. ¿No se da cuenta de cómo resuenan las voces?

—Sí…, hemos tenido mucha suerte. Ahora sólo nos faltaría un poco de leña.

Max arrastró el cadáver de la mujer, introduciéndolo hacia el interior de la cueva. Después, regresó junto al viejo.

—Deme una escopeta. ¿Ha vuelto a cargar usted la suya?

—Pues no… Tome, ésta está cargada. ¿Qué se propone?

—Buscaré leña. Necesitaremos fuego, o la helada acabará con nosotros.

—Eche un vistazo allá delante, doctor.

—¿Qué?

—Mire.

Miró, naturalmente.

Los puntitos de luz fosforescente estaban esparcidos entre los primeros árboles, inquietos, moviéndose de un lado a otro.

—La manada…

—Y no aúllan.

—Es extraño.

—¡Ya lo creo que lo es! Son lobos hambrientos. Entonces, si lo están, ¿por qué demonios no se meriendan al lobo que maté?

—Cuide de que no se acerquen demasiado. Trataré de traer leña.

—Le atacarán, doctor.

—Hay que correr el riesgo. Sin fuego, no resistiremos una noche como la que se avecina.

Max se deslizó fuera de la cueva, donde el viento le zarandeó otra vez.

Los ojos salvajes de los lobos se agitaron. Formaban un

semicírculo cerrado, y no parecía ni siquiera importarles la fuerza del vendaval.

Max se llevó la escopeta a la cara y disparó. Hubo un concierto de broncos aullidos, y el semicírculo se cerró más. No parecían ni siquiera impresionados por el estampido.

El médico comprendió que si aquellas bestias le cercaban, estaba perdido. De modo que retrocedió hasta la cueva.

—No se asustan de los disparos —gruñó—. Es imposible alejarse de aquí, sin que cierren el círculo.

—Estamos atrapados, doctor.

Max dejó la escopeta apoyada en la pared de roca, buscó la caja de fósforos, y encendió uno para reconocer su refugio.

La cueva era profunda, tanto, que la luz de la llama no llegó al fondo. Las paredes eran lisas y oscuras, y en algunos lugares rezumaban humedad. Una humedad que se había helado, formando una dura escarcha.

El cuerpo de la mujer muerta reposaba de costado más allá, y tras el cuerpo había un montón de arbustos resecos, arrastrados hasta allí por el viento, seguramente, durante el tiempo.

—¡Estamos de suerte! —Cacareó el viejo—. Tendremos fuego.

La cerilla quemó los dedos de Max, quien la soltó.

A tientas, reunió parte de la leña, y la arrastró hasta la mitad de la cueva, frente a la entrada.

Entonces descubrió al animal inmóvil junto a la boca del refugio.

Contuvo el aliento, y murmuró:

—¡Nograd!

—Ya lo veo…, no se mueva, doctor.

Retumbó el estruendo del disparo, y las postas zumbaron por encima de Max. El gran lobo pegó una voltereta y se desplomó unos pasos más allá.

—¿Qué le parece? Es más fácil acertar a esas bestias que a un conejo…

Max encendió otra cerilla, y prendió un puñado de hojarasca.

Pronto el fuego crepitó, esparciendo calor y luz a su alrededor, caldeando la cueva rápidamente.

Al resplandor de las llamas, descubrieron el cuerpo del lobo, cuya sangre teñía la nieve. El viento amainaba, aunque seguían

sucediéndose violentas ráfagas.

De pronto, de la oscuridad surgieron multitud de lobos silenciosos. Hundiendo las patas en la nieve, avanzaron hasta donde estaba su compañero muerto.

—Van a devorarlo —dijo Nograd—. Pero no parecen estar muy hambrientos…

Los animales olisquearon el cuerpo peludo y sangrante. Lo rodearon, gruñendo sordamente. Algunos se adelantaron unos pasos hacia la cueva.

—¿Disparo, doctor?

—Aguarde…

—Ahora los tengo a tiro.

—Quiero ver qué hacen…

Lo que hicieron les dejó perplejos.

Los que rodeaban al lobo muerto se alejaron poco a poco, formando un compacto grupo.

Con ellos, arrastrándolo valiéndose de los dientes, se llevaron el cadáver sangrante, y todos desaparecieron en el bosque, más allá del resplandor rojo de las llamas.

Nograd se estremeció.

—¡Bestias del infierno! —jadeó—. Van a devorarlo allí, con toda tranquilidad.

—No estoy muy seguro…, no estaban muy hambrientos.

—¿Qué pretende decirme, doctor, que van a organizar un funeral por su compinche muerto?

—Me gustaría saber qué se proponen, palabra.

—Devorarlo.

—Ojalá.

—Oiga, ¿qué le pasa, empieza a tener alucinaciones también?

—Olvídelo. Creo que es el cansancio.

Ambos se acercaron más a la hoguera, calentándose.

—Su esposa pasará una noche de angustia, doctor.

—Estoy pensando en ella constantemente. Creerá que nos ha sucedido algo…, y con aquel coro de viejos agoreros soplándole los oídos, van a convencerla de cualquier estúpida cosa que se les ocurra.

—Lo malo es que cualquier cosa que se les ocurra se acercará bastante a la realidad. Nuestra situación no es muy segura, que

digamos.

—Podría ser peor.

—Oh, seguro que sí. Pero el frío arrecia, y allá fuera, esperándonos, tenemos a una manada de lobos como jamás oí hablar de otra tan numerosa. ¿De dónde demonios habrán salido?

—Vigile, por si se acercan.

Max fue en busca del cuerpo sin vida de la mujer, y lo acercó al fuego. Allí, bajo el resplandor de las llamas, reanudó su examen, durante un largo tiempo.

Cuando se irguió, su rostro estaba pálido, y había una mirada de infinito asombro en sus ojos.

—El viejo estaba en lo cierto —masculló—. No queda sangre en el cuerpo…, una hemostasia absoluta. Jamás vi nada igual.

—Yo nunca lo dudé, doctor.

El médico levantó la mirada hacia el viejo. Después se levantó él poco a poco.

—Olvide esas estupideces. Debe existir una explicación lógica a lo que le sucedió a esa desgraciada.

—Yo no digo nada, doctor. ¿Quién soy yo para discutir con usted? De todos modos, le aseguro que, cuando amanezca, me largaré de aquí, aunque sea a rastras.

Fue una noche condenadamente larga, interminable.

Heló con tal intensidad, allá fuera, que la nieve quedó convertida en dura costra, reluciente como un cristal.

La leña duró hasta que las primeras luces del alba rompieron por encima de los pinos, recortando sus formas contra un firmamento oscuro y gris.

Pero la cueva estaba caldeada, y permanecieron en ella hasta que hubo suficiente luz para cerciorarse de que no había el menor rastro de los lobos.

Sólo entonces se arriesgaron, emprendiendo de nuevo el camino de la aldea.

# CAPÍTULO VI

Casi toda la gente del lugar estaba reunida en la pequeña posada, escuchando una y otra vez el relato del viejo Nograd.

Arriba, en su habitación, Max acababa de cambiarse de ropa, tras soportar el estallido emocional de Carol, cuando preguntó:

—¿Cómo está el herido, querida?

—Extremadamente débil… ¡Oh, Max, creí morir cuando anocheció y tú no volviste…!

—Ya te he contado que nos extraviamos. Lamento haberte preocupado.

—Max…

Él se volvió. Vio que Carol estaba pálida, y con profundos círculos oscuros alrededor de sus bellos ojos.

Sonrió.

—Apuesto a que no has pegado ojo en toda la noche, mi amor.

—¿Crees que podía dormir, sabiendo que tú estabas en esos horribles bosques…?

—No tienen nada de horrible, te lo aseguro.

La besó suavemente en la boca, estrechándola entre sus brazos. La sintió temblar y murmuró:

—Tranquilízate, pequeña mía. ¿Qué pensarán esas gentes, de una joven londinense tan asustadiza?

—Cuentan cosas espantosas, Max. Me impresionaron tanto…

—No debiste escucharles. Y ahora, voy a ver a mi paciente, mientras tú te encargas de prepararme un poco de café.

Ella le vio salir. Suspiró, aliviada de tenerlo de nuevo junto a sí, y descendió a la planta baja.

El hombre herido estaba despierto cuando Max penetró en la pequeña habitación.

El único ojo que dejaban al descubierto los vendajes se fijó en el médico, con extraña fijeza.

—Doctor…

—Veo que me recuerda.

—Su esposa ha tenido infinitas atenciones conmigo. También me contó mi llegada, y todo lo demás. ¿La encontraron, doctor?

—¿A quién?

—Mage…

—Encontramos a una mujer, aunque no sé si es la que usted menciona.

—¿Muerta…?

—Sí.

—¿Por los lobos?

—No, en absoluto. Los lobos no dieron con ella, por lo visto.

—Pero estaba muerta —musitó el hombre, ahogando un amargo quejido—. No debí haberla traído conmigo. Yo soy el culpable de lo que pasó, doctor.

—Tómelo con calma, su estado no le permite excitaciones de ningún género.

—Quisiera haber muerto.

—No le faltó mucho, pero ya que está vivo, mi deber como médico consiste, precisamente, en hacer todo lo posible para mantenerlo en ese estado.

—Ya sabe lo que quiero decir… Ella huyó del campamento, por mi culpa. Tuvimos una violenta disputa…

—Cuando se haya repuesto un poco más, podrá contármelo todo. Ahora necesita descansar. Órdenes facultativas, amigo.

—Mi nombre es Bakony, doctor.

—Muy bien, ¿y el de ella?

—Tisza.

—Volveré a verle más tarde.

—¡Un momento, doctor!

—¿Sí?

—¿Cómo murió?

Max vaciló un instante.

—Sinceramente —dijo, al fin—, no lo sé. Quizá de frío. Estaba completamente helada, cuando la encontramos.

—Usted es médico, ¿no? Debería poder concretar las causas de una muerte.

—Sería preciso practicarle la autopsia, y aquí, eso es imposible.

No hay los recursos necesarios, ni yo dispongo de autorización. He de averiguar dónde está la autoridad más próxima, y que ellos decidan.

—Todo eso es sumamente extraño… Los lobos, que me dejaron vivo, cuando ya me tenían vencido y estaban relamiéndose con mi sangre. Y ahora, la muerte de Mage de alguna forma tan inusitada que todo un médico inglés no se atreve a diagnosticar las causas de la muerte. ¿Qué clase de misterio trata usted de ocultarme?

—Ningún misterio. Debe haber una explicación lógica para todo lo que ha ocurrido.

—¿Qué explicación?

Max se encogió de hombros.

—No estoy en condiciones de responder a esa pregunta. Y ahora, basta de charla. Nos veremos más tarde.

Salió, preocupado.

Abajo, frente a la gran chimenea en la que ardían unos troncos, quedaban aún seis o siete parroquianos de la posada, rodeando a Nograd, cuyo relato de los sucesos se había visto enriquecido por algunas personales aventuras, añadidas por la desbocada fantasía del viejo.

Callaron al verle sentarse a la mesa, donde ya le esperaba una gran taza de café aromático y humeante.

Nograd se desentendió de sus fieles oyentes para ir a sentarse frente a su compañero de aventuras.

—Apenas pueden creer que hayamos regresado con vida —cacareó, chupando animosamente su pipa apagada.

—He oído parte de su relato. Le confieso que tampoco yo puedo creer lo que usted cuenta.

—Bueno, usted estaba allí, y sabe lo que sucedió en realidad, pero ellos, no. Ésa es la diferencia.

Max ocultó una sonrisa y preguntó:

—¿Dónde está la autoridad más cercana, Nograd?

—Bueno, supongo que se refiere al jefe de la Securitate de la región. Está en Borna, a unas diez millas de aquí, y se llama Lakatos.

—Hay que avisarle de lo sucedido.

—Tenemos un teléfono en el pueblo, pero no funciona. La nieve debe haber derribado los cables del tendido.

—Pues sí que es una gran cosa. Tendrán un médico, por lo menos.

—También está en Borna. Viene cuando se le avisa, solamente.

—Ya veo.

—Escuche, doctor, la gente está alarmada. Haría usted bien en pedir al hombre herido que se fuera, y en enterrar cuanto antes a esa mujer que trajimos.

—No puede ser enterrada hasta haberlo notificado a las autoridades. Se necesita un certificado de defunción para un enterramiento, y yo no pienso extenderlo, aparte de que tampoco tengo atribuciones para ello. Alguien deberá ir a Borna, abuelo.

—No cuente conmigo.

—He dicho alguien.

—No encontrará ningún voluntario para ese viaje. Tendría que ir a pie, con la nieve helada, la manada de lobos, que ahora empiezan a creer que existen, y todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—La muerte de esa mujer.

—Ya empezamos otra vez.

—No empezamos nada. Realmente, esto empezó cuando el pastor la encontró, y vino con la historia a la aldea.

—Pero ¿de veras creen en vampiros?

—Hemos creído en ellos durante generaciones, doctor.

—¿Usted también?

El viejo se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe nada, por años que viva. Puede que existan y puede que no. También es posible que existan otra clase de monstruos que nunca vemos, pero que, no obstante, están ahí, acechándonos, vigilándonos. ¿Qué es la muerte, si no un monstruo incomprensible?

—No desvíe el tema, abuelo.

—No lo desvío. Me niego a hablar de eso, ni más ni menos.

Max apuró el resto del café. Carol regresó de la cocina, y fue a sentarse a su lado, frente a las llamas.

Los hombres de la aldea desfilaron hacia la puerta, uno tras otro, cuchicheando en voz baja.

Carol dijo:

—Acaban de decirme que debemos abandonar la posada, Max.

—¿Qué?

—No quieren que sigamos aquí. Están asustados porque tú has traído esa mujer muerta y al hombre herido por los lobos. Ya sé que es un absurdo, pero me lo han dicho ahora mismo.

—¿Han visto el cadáver?

—Sí, Max. Y yo, también.

Nograd soltó un gruñido.

—¿Adónde van a ir, si abandonan la posada? No pueden ni soñar en trasladarse a Borna, con su equipaje y con los caminos helados.

—Hablaré con ellos más tarde. Carol, voy a examinar ese cadáver. ¿Quieres ocuparte de que ninguno de esos viejos supersticiosos venga a estorbar?

Ella asintió. Nograd dijo:

—Le ayudaré, doctor.

—¿Usted?

—El gusanillo de la curiosidad, ya sabe.

—Bien, de todos modos, no espere ver nada sorprendente. No puedo practicarle la autopsia por mi cuenta.

Los dos se dirigieron a un pequeño cuarto vacío de la planta baja, donde habían depositado el cuerpo de la mujer.

Estaba tendida sobre una vieja mesa. En la semipenumbra, su rostro, horriblemente pálido, destacaba como una mancha blanca y espectral.

Descorrió las cortinas de la ventana. Nograd se colocó a su lado y, cuando él se inclinó sobre el cuerpo, el viejo también alargó él cuello.

Las hábiles manos de Max tantearon el cuerpo, comprobando que había adquirido la rigidez de la muerte, pero ya no estaba helado.

—¿De veras quiere usted ayudarme, Nograd?

—Claro, doctor.

—Entonces, ponga sus manos bajo el cuerpo, y levántelo hacia arriba, de modo que todo el peso descanse en la cabeza.

El viejo lo pensó detenidamente.

—Quiere decir que levante los pies de esa pobre mujer hacia arriba, ¿es eso?

—Ajá. Los pies y el cuerpo. Sosténgalo durante un minuto, si

puede.

—Puedo hacerlo, pero no me parece decente…

—¿Cree que a ella va a importarle?

—Cualquiera sabe.

Max extrajo del bolsillo un pequeño estuche de metal, lo abrió y sacó una jeringuilla hipodérmica.

—¿Se decide, sí o no, abuelo?

Con un resignado encogimiento de hombros, el anciano hizo lo que se le pedía.

Max pareció acariciar el cuello del cadáver, mientras Nograd resoplaba por el esfuerzo.

Al fin, el médico clavó la aguja en la vena grande, muy cerca de donde aparecían las dos pequeñas escoriaciones oscuras. Aplicó la jeringuilla vacía a la aguja, y tiró del émbolo hacia arriba, absorbiendo.

La jeringuilla siguió vacía.

—Ya puede dejarla —murmuró, perplejo.

—¿Qué pensaba usted, doctor?

—Sacarle un poco de sangre, desde luego.

—Usted necesita ver para creer, ¿eh?

—Es increíble, a pesar de que acabo de comprobar que no queda una gota de sangre en ese cuerpo.

—Y ahora que lo sabe, ¿qué piensa hacer?

—Quitarle las ropas.

—¿Qué? Oiga, doctor, los muertos merecen respeto, por lo menos.

—Debe haber una herida en alguna parte del cuerpo. Una herida, por la que se desangró.

—¿Cómo, sin manchar la ropa?

Max lanzó un juramento.

—¡Me niego a creer en vampiros y todas esas tonterías!

—Entonces, niega usted la evidencia. Pero, adelante, haga lo que quiera. Espero que, cuando termine, vuelva a vestirla.

El reconocimiento no le llevó mucho tiempo. Empleó mucho más en volver a enfundar el cadáver en sus ropas.

No había la menor señal de herida en todo el cuerpo.

Nograd cacareó:

—¡Se lo dije! Si hubiese usted vivido aquí, tantos años como yo,

no dudaría.

—Usted es un tipo divertido, abuelo —masculló, encendiendo un cigarrillo—. Afirma creer en esas tontas supersticiones, y sin embargo, no las teme. Vino conmigo al bosque, a pesar de estar convencido de que algo sobrenatural y terrible había causado la muerte de esta mujer.

—Doctor, durante toda mi vida he vivido sobrecogido por los temores ancestrales que han dominado a todos los habitantes del lugar, durante generaciones y generaciones. Pero jamás he podido ver de cerca a los causantes de esos mismos temores. No quisiera morir en la duda, ¿entiende?

—Está usted loco.

—Ya lo sé.

Se echó a reír, con su boca desdentada. Casi se le cayó la pipa al suelo, y tuvo que cazarla al vuelo con un manotazo.

—Salgamos de aquí. Hay que mandar aviso a Borna, cuanto antes.

—No podrá hacerlo hasta que arreglen el teléfono.

—Y eso, ¿cuánto tiempo llevará?

—Depende del lugar donde se haya producido la rotura de los hilos. A veces, tardan una semana.

—No podemos tener una semana ese cadáver ahí dentro.

—De eso puede estar seguro. Los posaderos lo echarán, lo mismo que a usted.

—Ya veremos.

Tuvieron suerte. La avería fue localizada a última hora de la tarde, y por la noche, el teléfono funcionó.

De modo que Max pudo realizar su llamada telefónica antes de que los dueños de la posada cerrasen puertas y ventanas con todos sus cerrojos, pasadores y barras de seguridad.

Iba a ser otra noche de tensión.

# CAPÍTULO VII

Antes de acostarse, hizo otra visita al herido. Lo encontró desasosegado, inquieto.

—No puedo quitarme de la cabeza que Mage murió por mi culpa, doctor.

—Olvídelo y trate de descansar. Pero antes, dígame… Esta tarde mencionó usted un campamento, del que salieron usted y esa mujer. ¿De qué clase de campamento se trata?

—Lo habíamos levantado en la cara este de la montaña, arriba de los bosques. Estábamos realizando unos estudios Bajda y yo y…

—¿Quién es Bajda?

—Mi compañero —su voz se quebró—. Echamos a suertes quién caminaba hasta un pueblo que se llama Nayna, distante unas quince millas del campamento. Le tocó a él. A estas horas, debe haber regresado, y estará dándose a todos los diablos. Mage era…, era su mujer.

Max enarcó las cejas.

—Comprendo —murmuró.

—Yo…, yo creo que perdí la cabeza. Había bebido bastante. Ella huyó, atemorizada por mi comportamiento.

—Está bien, intente olvidarlo y descansar. Sus heridas siguen un curso satisfactorio, de modo que ahora todo depende de usted.

Apagó la luz y salió, dirigiéndose a su propio aposento.

Carol le aguardaba, envuelta en una bata larga hasta los pies.

—¿Por qué no te has acostado? Hace un frío endiablado, linda.

—Quise esperarte, Max.

La muchacha estaba junto a la lumbre que ardía en una reducida chimenea, frente al lecho.

—Nos han estropeado nuestra luna de miel, cariño —murmuró, abrazándola.

—No importa…, nada importa si estás junto a mí.

La besó apasionadamente, deseando que olvidara las inquietudes pasadas.

Cuando la soltó, ella corrió a refugiarse entre las sábanas, bajo una montaña de gruesas y rústicas mantas.

Max se vistió con el pijama, y fue a reunirse con su esposa.

—Dios, qué gusto acostarse en una cama, después de haber pasado una noche en aquella maldita cueva…

—Max, prométeme que nunca más volverás a dejarme sola, por la noche.

—¿Olvidas que estás casada con un médico, cariño? Por las noches también enferma la gente, incluso en Londres.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Muy bien, tienes mi palabra. Y ahora, deja que te bese, y buenas noches…

* * *

No supo qué la despertó.

Abrió los ojos, y se quedó muy quieta en el lecho, oyendo la acompasada respiración de Max a su lado, y el estremecido lamento del viento afuera, más allá de la ventana.

La habitación estaba a oscuras, excepto alrededor del hogar, donde acababan de consumirse las últimas brasas de la lumbre.

Carol parpadeó, preguntándose qué la había despertado.

Max se removió, inquieto. Ella ladeó la cabeza, y le miró, dormido, y sintió una gran ternura inundarle el corazón ante el hombre que había elegido.

El viento sacudía las ventanas de vez en cuando, y ese ruido pensó que era el que la había despertado, roto su sueño en medio de la noche.

Dio media vuelta, cuidando de no despertar a su marido, y cerró otra vez los ojos.

Entonces lo oyó de nuevo.

Casi pegó un salto en la cama, porque se le antojó una voz quejumbrosa, profunda y sorda, que brotaba del mismo viento.

Una voz humana, pensó, asustada.

Pero ninguno de los habitantes de la aldea, en las circunstancias

en que se hallaban, se atrevería a salir en esa noche.

Escuchó, con todos sus sentidos aguzados.

Incluso pensó en despertar a Max, pero después se contuvo. Él estaba agotado, después de su aventura en el bosque. Además, se reiría de sus temores.

No obstante, algo como una fuerza extraña, que se hubiera adueñado de sus sentidos, le impidió dormirse de nuevo.

Siguió alerta, escuchando el aullido del viento, que descargaba a ráfagas contra el pueblo.

Al fin, impulsada por no sabía qué poderoso instinto, se deslizó fuera de la cama, enfundando los pies en unas cálidas zapatillas. Se envolvió en la bata y fue a atizar el fuego, al que añadió un poco de leña para barrer el frío que empezaba a adueñarse de la habitación.

Tras esto, se dirigió a la ventana, y escuchó desde allí, tras la seguridad de los postigos cerrados.

Inesperadamente, y al cesar el viento, escuchó el seco crujido afuera.

Ahora, no cabían dudas. Algo que no era el viento había producido el ruido que rompiera su sueño.

Algo que estaba fuera, sin duda.

Comenzó a temblar, sin saber con exactitud qué era lo que la atemorizaba. Después de todo, estaban en el primer piso, de modo que nadie podía llegar a la ventana, sin valerse de una escalera larga y pesada…

Sus manos fueron solas a los cerrojos. Los descorrió, impulsada por una curiosidad irresistible, convencida de que no había nada allá fuera y que, después de comprobarlo, podría volver a la cama y conciliar el sueño.

Abrió los postigos interiores. En los cristales se reflejaron, danzando, las llamas de la chimenea.

Ella suspiró. Más allá de los cristales, sólo había la noche.

Una noche negra y helada, ni más ni menos.

Fue al bajar la mirada, cuando lo vio.

Era una mancha grande y oscura en la nieve, una mancha que retrocedía, como si se alejara de la posada, asustada por el resplandor rojizo de aquella ventana que acababa de abrirse.

Carol pensó que era víctima de un espejismo, producido por el resplandor opaco de la nieve.

Sin embargo, aquella forma negra siguió retrocediendo, y no se detuvo hasta el otro lado de la calle.

Entonces Carol descubrió varios detalles, que la dejaron paralizada de estupor primero, para horrorizarla después, con todo el espanto que puede asaltar, en un segundo, la mente humana.

Porque aquella figura levantó la cara, que en la oscuridad destacó, cual una mancha blanca. Una cara en la que brillaban dos ojos diabólicos, que parecían chispear con fulgores rojos de fuego, o de sangre…

Y la cara blanca era semejante a la de un cadáver, y aquellos ojos salvajes parecieron clavarse en ella con hipnótica intensidad, y tras esto, la misteriosa figura desapareció entre el revuelo de una gran capa negra, que se fundió en la noche como si jamás hubiera existido.

Sólo entonces Carol pareció recobrar sus facultades. Lanzó un quejido, y corrió hacia la cama con tanto ímpetu, que Max despertó con un violento sobresalto.

—¿Qué te pasa, querida, no puedes conciliar el sueño?

—Max…

Él se enderezó sobre un codo, mirándola, inquieto.

Descubrió su rostro desencajado por el terror, el violento temblor de todo su cuerpo, y que se había metido entre las sábanas, con la bata puesta.

—¿Qué pasó, Carol?

—Abajo…, en la calle…

—¿Te has levantado?

—Sólo hasta la ventana…

Él giró la cabeza. Vio los postigos abiertos, y frunció el ceño.

—El frío atraviesa los cristales, nena —comentó, saltando de la cama.

Cerró los postigos, y regresó al lado de su esposa, que acababa de librarse de la bata y las zapatillas.

Se abrazó a él, con histerismo.

—¡Estaba ahí, Max…, en la calle!

—¿Quién?

—No sé quién, pero estaba abajo…, y sus ojos horribles, que parecían penetrarme hasta el cerebro, a pesar de la distancia…

—Pero ¿los ojos de quién, nena?

—De ese…, de esa cosa…

—Tranquilízate. ¿Quieres decir que había un hombre en la calle, a estas horas de la noche, y que te ha mirado?

—Sí, Max…, era sólo una mancha oscura hasta que levantó la cabeza… ¡Oh, cielos, su cara era espantosa…, blanca…, y con aquellos ojos horribles…!

—Dudo que hubiera alguien fuera, en una noche como esta.

—Eso pensé yo también. Pero allí estaba, Max. Lo vi… No estaba soñando, te lo juro… Llevaba una capa negra o algo semejante.

Él suspiró.

—Las malditas historias que te contaron, eso es todo.

Ella sacudió la cabeza. Max la abrazó cariñosamente, apretándola contra su pecho.

—Está bien, pequeña, tómalo con calma. Quizá realmente has visto algo inusitado en la calle —concedió, para tranquilizarla—. Pero de cualquier manera, olvídalo, y hablaremos de ello por la mañana.

—No me crees, ¿verdad?

—Vamos a ver, ¿qué crees que estaba haciendo ese desconocido allá fuera, en medio de una noche en que hace tanto frío, que se helaría hasta el infierno?

—No sé qué estaría haciendo. Cuando le vi, se apartaba de la fachada de esta casa. Quizá intentó entrar y, al abrir yo la ventana, se alarmó.

—Tal vez.

La besó, apretándola estrechamente contra su pecho.

Fue el mejor tratamiento que pudo haberle recetado, porque la muchacha olvidó de pronto el miedo y todo cuanto estuviera fuera de las caldeadas paredes del pequeño dormitorio.

# CAPÍTULO VIII

El hombre que llegó, mediada la tarde del día siguiente, tendría sus buenos cincuenta años, era rechoncho y pesado, con un rostro rubicundo y unos ojos maliciosos, que se movían continuamente de un lado a otro. Ni siquiera el uniforme lograba que su aspecto resultara marcial.

Era el jefe de la Securitate para toda la extensa región montañosa, el hombre llamado Lakatos, de quien hablara el viejo Nograd.

Lakatos podría tener sus defectos, pero sabía escuchar con atención sin despegar los labios, concentrado de tal manera que casi parecía adormilado.

Cuando Max terminó su relato, sacudió la cabeza.

—Han sucedido cosas extrañas, de un tiempo a esta parte. La gente afirma haber visto increíbles apariciones, durante las largas noches —calló para recobrar el aliento. Respiraba como un fuelle asmático. Luego, añadió—: Naturalmente que son sólo patrañas, fruto de la incultura de la generación vieja.

Nograd, desde su rincón en la posada, abrió la boca, disponiéndose a replicar, pero lo pensó mejor y siguió chupando su pipa.

Max dijo:

—En eso estamos de acuerdo, pero tenemos un cadáver muerto en extrañas circunstancias, y a un hombre atacado por una manada de lobos.

—¿Qué quiere decir usted concretamente, *Domn* Bihar?

—Todo lo que se me ocurre es que «algo» mató a esa mujer, y que el comportamiento de esa manada de lobos no es lógico. Tenían a su presa vencida, con horribles heridas y sangre por todas partes, y le dejaron de repente, a pesar de que se supone que los lobos, en esta época, están hambrientos y desesperados, razón por la cual

descienden de las cumbres.

—Algo debió asustarlos.

—¿Qué?

—No lo sé, yo no estaba allí, *Domn* Bihar.

—Yo vi esos lobos también. Nos cercaron, y conseguimos matar a dos de ellos, por lo menos. No les asustó el estampido de las escopetas. Después, se largaron llevándose los cuerpos de los lobos muertos. Entiéndame…, nos cercaron en la cueva, no se asustaron de los disparos, y al fin se fueron, sin intentar atacarnos.

—Usted ha escuchado las historias de todos esos patanes. Los lobos obedecen fielmente a los vampiros, son sus más fieles aliados, y otras patrañas semejantes. Porque ahora me va a decir usted que los lobos que vio obedecían a un poder superior, invisible o algo así.

Max se encogió de hombros.

—Yo no dije eso.

—Usted es médico, en Inglaterra. Su mente está cultivada, no es como la de los lugareños, Dígame sinceramente, ¿cree que un poder extra-natural domina a esos lobos que vio?

—Los fenómenos extra-naturales no son mi fuerte. Lo único que afirmo es que el comportamiento de esas bestias me pareció muy extraño.

Lakatos suspiró. Sus ojillos se posaron, una vez más, en la hermosa Carol, para desviarse de nuevo hacia el doctor.

—Estas cosas me costarán el cargo —se lamentó, de pronto, estremeciéndose—. La gente habla de vampiros, de aparecidos, de lobos en manada, cuando todo el mundo sabe que en esta región jamás han existido lobos. ¿Qué puedo yo hacer para acabar con todas esas patrañas?

No obtuvo respuesta alguna, y prosiguió:

—Ese maldito vampiro le ha dado por aparecer desde hace algún tiempo, por lo menos eso aseguran los montañeses, y todos quieren que yo acabe con la pesadilla. Sin embargo, la ley dice lisa y claramente que los vampiros no existen, que son supersticiones estúpidas. Yo soy el representante de la ley, así que las muertes misteriosas tienen un origen real y tangible, una explicación lógica, y todo lo que hay que hacer es encontrarla. ¿Me ha comprendido usted, doctor?

—Creo que sí.

—¿Puedo hablar ahora con el hombre herido?

—Por supuesto.

Se levantaron, pero entonces, desde su rincón, Nograd cacareó:

—También debería ver el cuerpo de la mujer, *Gradat* Lakatos.

—¿Dónde la tienen?

—Por aquí.

Max le guió hasta el pequeño y desnudo cuarto donde reposaba el cadáver de la mujer llamada Mage.

El obeso personaje se detuvo junto al cuerpo, y lo miró con el ceño fruncido.

—¿No tiene heridas?

Max dijo:

—Sólo esas dos escoriaciones en el cuello…

—Muy curiosas, ¿no le parece, doctor?

—Eso no es decir nada.

—Pero le diré algo más…, es el tercer cadáver semejante que veo en poco tiempo. Los otros dos aparecieron en la comarca de Borna, y causaron un gran revuelo. La gente quería clavarles una estaca en el corazón, y todas esas cosas —soltó un seco juramento, y añadió con la misma voz—: El médico hizo algo más que clavarles una estaca. Casi los descuartizó para realizar la autopsia.

—¿Y qué encontró?

—Nada.

—Por lo menos, averiguaría las causas de la muerte.

—Oh, sí, claro. Murieron a causa de perder la sangre…, toda su sangre.

Max se estremeció.

—Veamos ahora a su herido, doctor. A propósito, ¿cuánto tiempo lleva muerta esta mujer?

—Dos días, por lo menos.

—Con sus noches.

—Claro.

—Debe ser a causa de la helada temperatura, pero cualquiera diría que está dormida…

Echó a andar hacia la puerta, seguido de Max, en los oídos del cual seguían zumbando las últimas palabras de su acompañante.

Bakony ladeó la cabeza, al oírles entrar. Su único ojo escrutó a los dos hombres con hipnótica fijeza.

También Lakatos le examinó a él, lo poco que había que ver de él en realidad, porque el ojo y la boca eran lo único que quedaba al descubierto.

—*Domn* Bihar me ha contado su aventura con los lobos —dijo Lakatos abruptamente—. ¿Qué cree usted que pudo asustarlos?

—No lo sé…, yo estaba en el suelo, medio hundido en la nieve, desangrándome y medio muerto. Todo lo que vi fue que, de pronto, daban media vuelta y desaparecían.

—¿No le parece un comportamiento absurdo, tratándose de una manada de lobos hambrientos?

—Me he formulado esa pregunta yo mismo, mil veces. No encuentro ninguna respuesta.

—Espero que sí tenga respuesta para la que voy a hacerle ahora. ¿Qué estaba usted haciendo en semejantes lugares, en plena nevada?

Bakony suspiró.

—Buscaba a la pobre Mage.

—¿A la mujer muerta?

—Sí…

—¿Y qué estaban haciendo usted y la mujer, en esos parajes?

—Teníamos el campamento al este de la montaña. Ella era la esposa de mi compañero Bajda.

—¿Qué clase de campamento? Y no me diga que andaban ustedes de caza…

—Bajda y yo somos geólogos, *Gradat* Lakatos. Realizábamos un estudio del terreno.

—¿Estudio del terreno? —Exclamó el jefe de la Securitate, con asombro—. ¿Por cuenta de quién?

—Del Gobierno, por supuesto.

—¿Puede demostrarlo?

—La documentación quedó en el campamento.

Lakatos rezongó algo entre dientes.

No se necesitaba ser un lince para darse cuenta de que estaba desconcertado.

Max terció en aquella especie de interrogatorio:

—Alguien debería ir a ese campamento para avisar al marido de la desgraciada Mage, ¿no cree usted?

—¿Quién? No dispongo de agentes aquí. Y no puedo mandar a

un anciano que camine treinta kilómetros en la nieve…, aparte de que ninguno querría ir.

Bruscamente, Lakatos pareció perder interés por el herido. Se despidió de éste, y salió, seguido de Max.

En la planta baja, Nograd se había acercado a la lumbre, y permanecía estático, contemplando el fuego.

Cerca de él, Carol fumaba un cigarrillo, con gestos nerviosos, mientras más allá, agrupados, estaban sentados los tres ancianos dueños de la posada.

Lakatos gruñó:

—Preparen una habitación para mí. Pasaré aquí la noche, y mañana regresaré a Borna, temprano.

Los tres viejos salieron sin despegar los labios. Ceñudos y atemorizados, apenas hablaban desde que Max regresara del bosque con el cadáver de la mujer.

Nograd dijo:

—Pruebe este vino caliente, *Gradat* Lakatos… Le ayudará a soportar tanto infortunio.

—Gracias.

Se atizó un gran vaso de vino, y luego estiró las piernas hacia el fuego.

De pronto dijo:

—Ésta era una comarca tranquila. Las gentes vivían sin problemas, yo me ocupaba de mi trabajo, que no era mucho, y velaba por los intereses del Gobierno y del partido. Durante toda mi vida oí contar viejas historias espeluznantes, aunque nunca las creí, naturalmente. Son cosas de viejos. Y ahora…

—¿Ahora las cree? —indagó Nograd, con ironía.

—No, desde luego que no.

Impaciente, Max intervino para preguntar:

—¿Por qué no vino el médico con usted? Hubiera podido realizar la autopsia, y firmar el certificado de defunción, para que esa mujer pudiera ser enterrada.

—No estaba en Borna cuando se recibió su llamada telefónica. Le dejé recado, pero dudo que llegue aquí antes de un par de días. Tiene un trabajo terrible porque no hay otro médico en esta comarca. Y es más importante atender a los vivos que a los muertos para un buen médico.

Ésa era una razón que no admitía réplica.

Siguieron hablando hasta la hora de la cena, junto a la lumbre, mientras, a medida que anochecía, se alzaba otra vez el viento aullante de las montañas…

# CAPÍTULO IX

Como cada noche antes de acostarse, Max subió a ver al herido para comprobar su estado y los vendajes.

Bakony seguía formulándose amargos reproches, pero él le atajó, preguntándole:

—¿Qué clase de estudios geológicos realizaban ustedes, Bakony?

La pregunta le sorprendió.

—Lo siento, doctor… Prefiero no hablar de eso.

—¿Secreto de Estado?

—No bromee. Nuestro Gobierno no admite bromas, y usted debería saberlo, aunque viva en el extranjero.

—No quise ponerle a usted en ningún compromiso. Simplemente, siento curiosidad, eso es todo.

—No es buena la curiosidad en nuestro país, doctor.

—Está bien, olvídelo. Veamos esas vendas… Un poco flojas, pero están bien hasta que le cure mañana. ¿Necesita usted algo antes de que me retire?

—No, gracias, doctor.

Regresó junto a Carol, frente a la lumbre.

Nograd y Lakatos habían desaparecido.

La muchacha murmuró:

—Sé que no te gustará, Max, pero voy a pedirte que nos vayamos de aquí cuanto antes…

—Pero, querida…

—Tengo miedo.

—¿Qué tontería estás diciendo? Habíamos programado una estancia de dos semanas. Tienes que conocer las montañas, el castillo, los bosques… La nieve prematura que cayó ha retrasado todo esto, pero me gustaría mucho que…

—Tengo miedo, Max —repitió Carol en un susurro.

Él no replicó. Comprendía perfectamente el estado de ánimo de

su esposa, pero también lamentaba que las cosas hubieran sucedido de semejante manera, estropeando lo que había soñado como unas vacaciones alegres y llenas de interés.

Ella musitó:

—¿Me comprendes, querido?

—Creo que sí.

La besó ligeramente en los labios y, recostándose en la silla, estiró sus largas piernas y suspiró con resignación.

—Nos marcharemos tan pronto se pueda transitar por el camino sin riesgos.

—Gracias, amor mío.

—No me las des. Jamás me perdonaría si, por mi culpa, se prolongara tu angustia.

Apenas volvieron a cambiar más palabras hasta que subieron a su habitación.

Lakatos ocupaba la de al lado, y le oyeron rebullir de un lado a otro, con sus pesadas botas.

Festivamente, Max comentó:

—Por lo menos, esta noche estaremos seguros con ese centinela ahí al lado. Lleva un revólver gigantesco, que hará huir a todos los espíritus de las tinieblas que… Lo siento, querida, no quise decir eso.

—Lo sé, no importa. ¿Está bien cerrada la ventana?

—Sí.

Max avivó un poco el fuego de la chimenea, mientras Carol se quitaba las ropas para enfundarse en su liviano camisón de dormir.

El médico encendió un cigarrillo valiéndose de una brasa. Su mente era un caos de absurdas elucubraciones, para ninguna de las cuales hallaba la explicación lógica que debía de existir en alguna parte.

—¿No te acuestas, cariño?

Se enderezó. Carol estaba en la cama, arrebujada entre las sábanas.

—Sí, claro…

Arrojó el cigarrillo y se quitó la chaqueta, colgándola de la antigua percha.

Oyó el viento rugiendo en el exterior, y se estremeció al recordar su terrible experiencia en el bosque.

Estaba a punto de meterse en la cama, cuando oyó algo más.

Se quedó rígido, escuchando.

En el lecho, Carol se enderezó.

—¿Qué sucede, Max?

—¡Silencio!

Se aproximó cautelosamente a la ventana, y aplicó el oído a los postigos de madera.

No se oía más que el viento.

Siguió allí, conteniendo el aliento, y preguntándose si él también empezaría a tener alucinaciones.

Silenciosamente, Carol se levantó, envolviéndose en la bata y reuniéndose con él. Max le rodeó la cintura con su brazo y musitó:

—Debo haberme equivocado…

Ella se limitó a apretarse más contra su cuerpo.

Entonces, nítidamente, oyeron el leve roce en los cristales. Carol se mordió los labios para no gritar.

Max se irguió, retrocediendo y llevando a la muchacha casi en volandas.

—¡Quieta, pequeña, no te muevas de aquí!

La dejó junto al fuego. Él saltó hacia donde dejara sus ropas, y empuñó la pistola. Descorrió el seguro, y regresó junto a la ventana.

Hubo un seco chasquido, inconfundible. Los batientes exteriores acababan de abrirse.

El viento hizo estremecer los postigos de madera, al azotarlos ahora sin trabas.

Max levantó la pistola. Su dedo casi le dolía, al mantenerlo rígido sobre el gatillo.

En aquel instante, unos golpes en la puerta casi le hicieron saltar hasta el techo.

La voz de Lakatos, queda, indagó:

—¿Se han acostado ya, *Domn* Bihar?

—¡Abre la puerta!

Carol corrió para franquear la entrada del obeso visitante, mientras Max descorría frenéticamente los cerrojos de la ventana, abriéndolos de golpe.

El viento helado le empujó furiosamente, arremolinándose dentro de la habitación.

Él asomó la cabeza, luchando contra el ventarrón.

En la calle, allá abajo, una sombra negra y flotante desaparecía rápidamente en la distancia.

—¿Quiere pillar una pulmonía, doctor?

Lakatos se asomó a su lado.

—Huyó por allí —dijo Max.

—¿Quién?

—No lo sé. Era, apenas, una sombra escurridiza.

—Bueno, cierre primero. Ya me lo contará después.

Al cerrar los batientes exteriores, examinó el cierre. No mostraba ninguna señal de violencia.

Atrancó de nuevo la ventana, y se volvió. La habitación se había enfriado de manera terrible, con el viento, y se sorprendió temblando.

Añadió leña al fuego, avivando las llamas. Tras él, Lakatos dijo:

—Bueno, ¿puede decirme ahora qué ha sucedido?

—Maldito si lo sé. Oí un ruido al otro lado de la ventana. Después, alguien abrió los batientes. Entonces llegó usted.

—Vamos, vamos… ¿Quién pudo llegar hasta esa ventana, a cinco o seis metros del suelo, sin una escalera?

—Me gustaría mucho saberlo, desde luego.

Las llamas se alzaron, esparciendo un agradable calor por toda la estancia.

Lakatos murmuró:

—Debe existir una explicación lógica para eso también…

—Seguro. Quizá el pasador estuviera descorrido, y el viento, al agitar los batientes, los abrió. Pero ¿y la sombra que he visto alejarse calle abajo?

—De eso no puede estar seguro.

Carol dijo con voz ahogada:

—¡El hombre de la capa, Max!

—¿Quién?

—Lo vi anoche, ¿no recuerdas? Te lo conté… Tenía el rostro blanco, y los ojos… ¡Oh, Dios, nunca lo olvidaré!

Lakatos hizo que le explicara lo sucedido, y después gruñó:

—¡Un hombre con una capa! ¿Se lo imagina? Nada más absurdo en una noche helada en la que sopla un ventarrón de mil diablos. El viento le arrebataría la capa, o le arrastraría con ella… ¿Está segura de no haberlo soñado, *Domnisoara* Bihar?

—¡No, no!

Max dijo:

—La figura que he visto esta noche bien pudo ser la misma… Informe…, tan informe como si estuviera envuelta en una gran capa.

Lakatos sacudió la cabeza.

—Encontraremos una explicación, no se preocupe…

Se interrumpió al oír el agudo aullido de un lobo.

Los tres se quedaron suspensos, rígidos.

El aullido se repitió, cercano, agudo, amenazador.

Luego, cuando Max se disponía a hacer un comentario, el aullido fue coreado por una sucesión de otros muchos, que estremecieron la noche con la misma furia que el viento.

—¡La manada! —masculló—. Y cerca del pueblo…

—¡Tan cerca, que deben estar en la mismísima calle! —exclamó Lakatos.

—Bueno, ahí tiene usted otro misterio. Si están tan hambrientos como para entrar en el pueblo, ¿por qué no devoraron a su víctima cuando la tenían a su alcance, indefensa? Y lo que también me sorprende, ¿por qué no nos atacaron a Nograd y a mí en la cueva?

—Imagino que la gente asegurará puertas y ventanas, y no asomarán la nariz ni siquiera por una rendija…

Max, ceñudo, masculló:

—Tal como usted dijo, hay una explicación lógica. Todo consiste en encontrarla.

—¿Y qué sacamos con eso?

—Abajo quedaron las escopetas. ¿Quiere usted salir conmigo?

Carol lanzó un grito de espanto.

Lakatos se frotó su abultada papada, sin ningún entusiasmo.

—¿Qué se propone?

—Cazar una de esas fieras.

—¿Y…?

—Ver cómo reaccionan los otros. Deben estar terriblemente hambrientos esta noche para haberse acercado a un lugar habitado.

—Bueno…

—Lógicamente, o nos atacarán a nosotros, cuando aparezcamos, o se lanzarán sobre su compañero muerto para devorarlo.

—Me parece un riesgo inútil, sólo para proporcionar un festín a

esas bestias.

—¡No lo hagas, Max! —suplicó Carol.

—No podemos continuar indefinidamente con esta zozobra. ¿Qué decide usted, *Gradat* Lakatos?

—Muy bien, podemos intentarlo.

Carol ahogó un quejido.

Max le sonrió.

—No sucederá nada, querida… Acuéstate y espérame. Y no te asustes cuando oigas retumbar las escopetas.

Ella asintió, desfallecida.

Los dos hombres descendieron a la planta baja, después que Max se hubo vestido.

Tomaron las escopetas y los cartuchos. Lakatos comprobó la suya y gruñó:

—Se me ocurre que tiene usted alguna idea concreta entre ceja y ceja, doctor…

—La tengo.

—¿Respecto a lo que está ocurriendo?

—Sólo sobre los lobos.

—Espero que me hará usted partícipe de ella, ya que estamos juntos en esta expedición.

—Se lo diré… cuando tengamos un par de esas bestias tumbadas sobre la nieve.

Lakatos abrió la puerta y, al instante, el viento les envolvió.

La desierta calle, oscura y tétrica, era como un negro tajo abierto en la noche.

Max cerró la puerta tras sí y escuchó.

Otra vez un lobo aulló. Un grito lúgubre, en medio del siniestro lamento del ventarrón.

—Sígame —murmuró Lakatos, echando a andar apresuradamente.

Uno tras otro, pegados a las paredes de las casas, recorrieron toda la calle, doblaron al final y se encontraron fuera de la aldea.

—¡Allí están, doctor!

El viento levantaba el polvo de nieve, arremolinándolo a media altura. Parecía una blanca sábana de niebla que se elevara de la tierra helada.

Entre esa niebla parecían flotar las pupilas salvajes de los lobos.

Sus formas, más oscuras, quedaban exterminadas, sin contorno preciso, pero tangibles y amenazadoras, a pesar de todo.

Los dos hombres se habían detenido. Lakatos murmuró:

—Debemos cuidar de no quedar cercados.

—¿Disparamos ya?

—Espere…

Lakatos adelantó unos pasos. Los lobos empezaron a moverse cautelosamente, acercándose, desparramándose como una marea gris.

—Veinte o treinta, por lo menos —gruñó Max.

—¡Preparado, doctor!

Alzaron las escopetas. Max eligió uno de los animales, y apuntó.

—¡Ahora!

Las dos armas retumbaron a la vez.

En medio del fragor de los disparos, se alzó un coro de aullidos. Los lobos iniciaron el cerco de los dos hombres, como si el estruendo de las armas les importara tanto como el viento.

Lakatos farfulló:

—¡Tenía usted razón, no se asustan de los disparos!

—¡Hay que detenerles antes que nos rodeen…!

Las dos escopetas retumbaron una y otra vez, frenéticamente, con el tiempo justo entre disparo y disparo para cargar y apretar los gatillos.

Veían voltear los animales alcanzados, derrumbarse sobre la nieve y quedarse quietos allí, sin que eso detuviera a los demás.

—¡Retrocedamos, doctor, o nos saltarán encima por la espalda!

Echaron a correr hacia el pueblo. Tras ellos, la manada emitió un concierto de aullidos furiosos, y emprendió la persecución.

Max se detuvo en el quicio de un portal, jadeando.

—¡Ahí vienen! —exclamó.

—Bueno, tendrán que entrar en la calle para acercarse a nosotros… y tenemos cartuchos suficientes. Dispara usted muy bien, doctor Bihar.

—Soy un apasionado de la caza.

—No será de una caza como ésta… ¡Ya los tenemos encima!

Las primeras bestias hicieron su aparición en la embocadura de la calleja. Comenzaron a disparar sin tregua.

Entonces, los lobos se esfumaron.

Lakatos dio un brinco.

—¿Lo vio usted, doctor?

—¿Qué?

—Se fueron.

—Seguro…

—Pero nos dejaron a sus camaradas, supongo.

Avanzaron en la oscuridad.

Sobre la nieve helada yacían dos oscuras y peludas formas, en la entrada del callejón.

—Bueno, ya tenemos dos por lo menos. Vayamos a ver si también han abandonado a los otros.

No encontraron ninguno de los lobos que cayeran en las afueras. Había sangre en la nieve, y las claras huellas del lugar donde habían caído los pesados cuerpos, pero ni el menor rastro de éstos.

Lakatos se estremeció.

—Es absurdo, irreal —masculló entre dientes—. Actúan como si tuvieran inteligencia humana…

—Quizá la tengan.

—¿Se ha vuelto loco usted también?

—Se llevan a sus muertos, *Gradat* Lakatos. Y no se los llevan para devorarlos en paz, Si fuera ésa su intención, se darían el gran festín en el mismo lugar donde cayeron. Entonces, ¿por qué se los llevan?

—No soy un experto en cuestiones de lobos salvajes, así que no espere una respuesta a esa pregunta.

—Pero nos dejaron dos —añadió Max, con voz sorda—. Ese olvido puede costarles muy caro.

—Ahora es cuando creo que ha perdido usted el juicio…

Volvieron sobre sus pasos hasta donde yacían las dos bestias muertas.

—Hay que llevarlos a la posada… Imagino que los viejos dueños me arrojarán a puntapiés después de esto, pero necesito un sitio donde examinar a esos animales.

Arrastrándolos, recorrieron la distancia hasta la pequeña posada. Los lobos pesaban enormemente.

Lakatos comentó:

—¿Se ha fijado usted en el modo de ser de estas gentes? Han oído el estrépito de las escopetas, los aullidos de los lobos, y ni uno

solo asomó la nariz.

—No puede reprocharles. Llevan sobre sus espaldas la carga de las supersticiones y los terrores de infinitas generaciones.

—Bueno, ¿qué se propone usted ahora, doctor?

—Si me ayuda, lo comprobará personalmente. Puedo estar equivocado, por supuesto. Pero, si acierto, va a llevarse usted tal sorpresa, que necesitará pellizcarse para estar seguro de estar despierto…

Había luz en las ventanas de la posada.

También había alguien más esperándoles fuera.

El viejo Nograd, envuelto en una manta, aterido de frío y mascullando maldiciones.

—Me he cansado de llamar, sin que nadie haya acudido a abrir, ¡maldita sea!

—¿Por qué vino usted, abuelo?

—Por mi escopeta, desde luego. ¿Qué creía? Pero veo que he llegado tarde. Hicieron una buena cacería, ¿eh? —Cacareó—. ¿Qué piensa hacer con esas bestias del infierno, doctor?

—La autopsia.

El vejete pegó tal salto que, por poco, no se cayó de espaldas.

Lakatos se quedó mudo de estupor.

Max abrió la puerta, y los tres penetraron en el caldeado interior, arrastrando las dos pesadas bestias.

—Voy a llamar al posadero —decidió Max—. Necesito un lugar donde trabajar.

—Hay un patio atrás, con un granero cerrado —anunció el viejo Nograd.

—Entonces, llévelos allí. He de tranquilizar a mi esposa, o empezará a alborotar.

—¡Ya puedes estar seguro de que lo haré!

La muchacha había aparecido arriba, en la escalera, arrebujándose en su bata. Max subió a su encuentro.

—Vuelve a la habitación y trata de dormir un poco. Yo tengo algo que hacer esta noche.

—¿Piensas salir otra vez?

—Desde luego que no.

Ella titubeó. Luego, decidiéndose, asintió. Él la besó fugazmente, y regresó junto a Lakatos.

—Bien, *Gradat* Lakatos… Pasemos al quirófano, ¿sí?

Los dos hombres se fueron detrás del viejo Nograd y sus dos fieras muertas.

## CAPÍTULO X

Sobre los tablones que había utilizado como mesa de operaciones, chorreaba la sangre, y, en general, el espectáculo era nauseabundo.

El viejo Nograd chupaba su pipa casi con desesperación, mientras Lakatos se mantenía algo apartado, gruñendo de disgusto a causa del frío glacial, de la sangre y del espectáculo en sí.

—Bien —dijo Max—, no es necesario hacer lo mismo con el otro…

Se irguió. Sus manos estaban sucias de sangre y en ellas sostenía una masa oscura y espeluznante.

—El cerebro —anunció—. ¿No es curioso?

—¡Quite esa piltrafa de mi vista! —jadeó Lakatos.

—No es una piltrafa. En realidad, es una obra maravillosa, y no precisamente de la Naturaleza.

—No comprendo una maldita palabra…

—Acérquese.

Nograd gruñó:

—Si me acerco, le vomitaré en el regazo.

—Muerda su pipa, y eso le calmará.

Lakatos, venciendo su repugnancia, se aproximó al médico.

—Este cerebro es una pequeña obra maestra, como todos los cerebros desde que el mundo es mundo, sean de hombre o de animal. Pero, en este caso, la obra maestra ha sido perfeccionada por las manos de un hombre… Mire.

Lakatos vio la masa oscura y sanguinolenta. Pero vio algo más. Algo que no pertenecía a la naturaleza de aquel cerebro.

Max explicó:

—Mire esos dos delgadísimos hilos… Son electrodos, cuyos extremos están insertados en otros tantos centros nerviosos del cerebro. Y fíjese…, los electrodos van conectados a esa diminuta

placa metálica.

—Pero todo esto es…, es increíble…

—No lo es, y debió ocurrírseme antes.

—Ustedes hablan y hablan —gruñó el viejo—, y yo no entiendo una maldita palabra. ¿Quiere usted decir, doctor, que alguien ha operado antes a esas bestias?

—Naturalmente. Les han insertado electrodos en el cerebro, conectados a una placa sensible a los impulsos eléctricos. Esa placa recibe, a distancia, hondas electrónicas, que convierte en electricidad, y esa electricidad activa los centros nerviosos del cerebro programados por el hombre que realizó el experimento. Esos impulsos son los que hacen obedecer a distancia a una manada de lobos salvajes.

—¡Dios bendito! —tartajeó Nograd.

—Doctor… Le admiro a usted por haberlo descubierto —dijo Lakatos, ceñudo y preocupado—. Pero ¿cómo lo supo?

—No es nada nuevo, aunque nunca se experimentó con lobos, al menos que yo recuerde. Pero sí se hizo con monos salvajes y agresivos, concretamente por un científico español llamado Rodríguez Delgado. Trabajando en la Universidad de Yale (Rigurosamente auténtico) logró con ese mismo método reducir la agresividad de los monos, obligándoles a realizar gestos y tareas diametralmente opuestos a su manera de ser y comportarse. No hace mucho leí una obra suya titulada *Control físico de la mente*, y de ahí me vino la idea.

Mudos de estupor, los dos espectadores habían olvidado su repugnancia y sus náuseas, para contemplar como hechizados aquella masa gelatinosa y extraña que el doctor acababa de depositar sobre los tablones que le sirvieran de mesa.

Con voz contenida, Max dijo:

—Ahora tenemos la prueba de que alguien controla esa manada de lobos, con el exclusivo objeto de aterrorizar a toda la comarca. Nada de vampiros ni seres de otro mundo, Nograd…

—Doctor, usted olvida a la mujer que encontramos muerta…

—No la olvido. Con el tiempo encontraremos también una explicación lógica y racional para esa muerte y las otras que se han sucedido en los últimos tiempos.

—Lo dudo.

Lakatos dijo:

—Hemos de descubrir a esos miserables, y las razones de su comportamiento. ¿Por qué querían mantener aterrorizados a los habitantes de la comarca?

—Ésa es una buena pregunta. Jugaron con dos barajas, si uno se detiene a pensar con calma. Primera, el terror de la gente a una manada de lobos hambrientos merodeando por los bosques. Era casi seguro que nadie se aventuraría a salir ni a internarse por ellos, sobre todo de noche. Y segunda, el pavor a los vampiros, puesto que es creencia general que los lobos son sus aliados, sus fieles servidores…

—Bueno, eso nos lleva a otro asunto. Esa manada necesitaba un cobijo, un lugar donde mantenerla oculta —aventuró Lakatos.

—Y también un lugar donde realizar las operaciones. Fuera de las aldeas, ¿qué otros sitios se les ocurren?

Nograd se encogió de hombros.

Pero Lakatos gruñó:

—El castillo, sin duda. No hay ningún otro escondrijo en los alrededores, excepto las aldeas.

—Entonces creo que…

Se interrumpió cuando un largo y escalofriante alarido vibró en la oscuridad como el agudo toque de un clarín.

—¡Carol! —rugió Max, echando a correr.

El espeluznante aullido se repitió, para cesar bruscamente.

Lakatos había desenfundado su enorme revólver ruso, y trotaba escaleras arriba, en pos del doctor Bihar.

Más atrás, farfullando, Nograd intentaba darles alcance, sosteniendo su pesada escopeta.

Arriba, Max abrió la puerta del dormitorio de un empujón. La puerta golpeó con estrépito contra la pared, y una violenta corriente de aire le azotó. Una corriente de aire provocada por la ventana abierta de par en par.

Con un grito de angustia, Max se precipitó hacia el cuerpo de Carol, caída al pie del lecho. Estaba inerte, con el suave camisón revuelto a su alrededor.

Frenéticamente, la levantó en brazos, colocándola sobre la cama, mientras Lakatos saltaba hacia la ventana.

Se asomó, gritó algo y, al instante, su poderoso «Tokarev» tronó

como un cañonazo.

Nograd entró, jadeando, con la escopeta amartillada.

Max, inclinado sobre su bellísima esposa, intentaba descubrir alguna posible herida.

No encontró ninguna.

—Sólo está desmayada —musitó—, inconsciente a causa de una fuerte impresión… ¿Contra quién ha disparado usted?

Lakatos rezongó:

—No lo sé. He visto una forma oscura que se alejaba, eso es todo. Juraría que acerté, pero no se detuvo.

—¿Cómo pudo abrir la ventana?

—No diga tonterías usted también, doctor. La ventana debió abrirla su esposa, aunque maldito si sé por qué.

—¿Ha comprobado si hay alguna escalera apoyada en la fachada?

—No hay nada semejante en todo lo que alcanza la vista.

—Entonces, no lo comprendo.

Nograd murmuró:

—No lo comprenderá usted jamás, doctor. Esas cosas se creen o no, eso es todo.

—También se suele creer en esos lobos diabólicos, obedientes a las órdenes de un vampiro. Sólo que ahora sabemos que a quien obedecen es a alguien mucho más sofisticado, alguien capaz de realizar una delicada intervención quirúrgica en sus cerebros. Y ningún vampiro haría eso, ¿no cree?

Carol emitió un quejido. Max se precipitó hacia ella.

—¡Carol!

La muchacha abrió los ojos. Eran dos inmensas lagunas de horror.

—¡Max, Max…!

Le abrazó, temblando convulsivamente.

—Tranquilízate. Sea lo que fuere que te asustó, ya pasó.

—¡Estaba ahí, Max…, esa cosa horrible…!

—¿Qué cosa?

—No sé… Ese hombre…

—Tuviste una pesadilla.

—¿Pesadilla? Entonces, Max, ¿quién abrió la ventana?

—Tú, por supuesto.

Ella sacudió la cabeza.

—Te juro que no. Se abrió de golpe, como impulsada por el viento… y él estaba allí, mirándome con los mismos ojos llameantes que la otra noche.

—Cálmate…

—¡Pero es cierto, Max! ¡Oh, Dios mío, tienes que creerme!

—Está bien, está bien, te creo. Viste al mismo individuo que ya habías visto en la calle…

—Eso es. Tenía la misma cara blanca, horrible, y aquellos ojos diabólicos… Entró, Max…, entró por la ventana, y se acercó… Entonces grité.

—Te oímos desde abajo. Creo que debieron oírte en todo el pueblo.

—Él…, él llegó y empezó a inclinarse hacia mí, mirándome…, mirándome… Entonces me desmayé, creo, porque no recuerdo nada más.

—Una pesadilla, querida. Debes convencerte de que sólo fue una pesadilla. Bajo el influjo de ella, te acercaste a la ventana y la abriste, eso es todo.

—¡No, no!

Él suspiró.

Entonces, Lakatos masculló:

—Eche un vistazo a eso, doctor.

—¿A qué?

—Mire.

Señalaba el suelo. Había varias huellas húmedas, correspondientes a sus gruesos zapatos de monte, con suelas estriadas.

Sin embargo, Lakatos no mostraba esas huellas, sino otras distintas, de un pie calzado con zapatos normales de suela lisa.

—Usted y yo llevamos botas, doctor. Y Nograd, unos zapatos con clavos. Entonces, ¿quién dejó esas huellas?

Perplejo, Max estuvo mirándolas mucho tiempo, sin acertar a emitir una opinión razonable.

—Hay que terminar con esta situación —gruñó—. ¿Cuánto tiempo tardará usted en reunir hombres suficientes para registrar el castillo?

—Mucho me temo que usted desconoce la realidad de mis

posibilidades en la región.
—¿Qué quiere decir con eso?
—En Borna dispongo de dos agentes, eso es todo.
Max maldijo en voz baja.
Nograd añadió:
—Y tal como están las cosas, apuesto que nadie accederá a realizar ese registro.
—¿Qué dice usted, Lakatos?
—Bien… No sabemos cuánta gente puede haber allí.
—¿Y…?
—Soy el representante del Gobierno, doctor. Un fiel servidor del partido. Iré.
—Iremos usted y yo, entonces.
—Bueno —exclamó el viejo Nograd—. ¿Creen que yo soy un mueble?
Lakatos le miró casi con afecto.
—¿No teme a lo que podamos encontrar allá arriba?
—¡Claro que lo temo! Pero estoy muerto de curiosidad. Saldré de dudas de una vez por todas, y si resulta que he vivido toda mi vida creyendo en cuentos de viejas y nada más, me arrojaré desde las almenas, por idiota.
Desde la cama, Carol murmuró:
—No quiero volver a quedarme sola otra vez, Max. No podría soportarlo.
—Hemos de acabar con eso definitivamente, querida. Quizá te sientas mejor si pasas el tiempo en compañía de los dueños de la posada…
—¡No quiero quedarme aquí!
Él soltó un gruñido de disgusto.
—¿Quieres venir con nosotros a ese castillo?
Ella dio un respingo. Se estremeció visiblemente, pero, después de unos instantes, murmuró:
—Vinimos aquí con la firme idea de visitarlo, ¿no es cierto?
—¡Carol!
—Iré contigo.
—¡Maldito si…!
—Entonces, quédate en la posada y no me dejes sola.
—Sé razonable, pequeña mía…

—Lo soy. O te quedas o te acompaño. Elige.

Nograd dejó escapar una risita.

—Nos acompañará, seguro. Nunca he visto una mujer que no se salga con la suya…

—¿Sabes los riesgos que vamos a afrontar, Carol?

—No serán tan horribles como lo que he vivido aquí esta noche, sola.

Lakatos murmuró:

—Preferiría que se quedase usted, pero si su esposo accede a llevarla, no opondré inconvenientes.

—¿Max?

—Muy bien, vendrás con nosotros. Y que Dios nos ayude.

Los tres hombres salieron de la habitación para que la muchacha pudiera vestirse.

Abajo, junto a las brasas, esperaron dando cuenta de una jarra de vino caliente.

# CAPÍTULO XI

El castillo era una fortaleza medieval, construido de sólida piedra sobre el farallón rocoso que se erguía sobre los espesos bosques.

Era una fortaleza hosca, silenciosa y siniestra en la penumbra del amanecer, una mole impresionante, parte de la cual estaba casi en ruinas.

Pero toda el ala este se mantenía de pie, y daba la sensación de ser tan sólida como en los tiempos en que fue construida.

Los tres hombres y la muchacha se detuvieron en la resquebrajada explanada que en tiempos debió servir de patio de armas.

—Vaya un lugar siniestro —rezongó Lakatos.

—Confieso que el hecho de que usted nos acompañe, vestido de uniforme, me tranquiliza en parte —murmuró Carol, impresionada.

—Debe haber alguien aquí. Antes vivía un guardián, que cuidaba de la parte intacta del castillo. —Nograd se encasquetó más el gorro de piel y añadió—: Ahora, quizá se hayan producido cambios.

—Lo sabremos de inmediato.

Max avanzó hasta los peldaños de piedra, los subió y, alzando la enorme aldaba de bronce antiguo, llamó ruidosamente a la puerta.

Pasaron varios minutos, sin que sucediera nada. Repitió los estruendosos golpes, y al fin una voz bronca gruñó al otro lado.

La gran puerta giró, y el ser que apareció en ella estuvo a punto de provocar un chillido de espanto en Carol.

Era un tipo de dos metros de estatura como mínimo, con un cuello casi inexistente, un rostro que apenas parecía humano, y unos brazos enormemente largos.

Si había que buscar el eslabón perdido entre el hombre y el mono, allí estaba.

Lakatos, reaccionando, dijo bruscamente:

—Soy el comandante Lakatos, jefe de la Securitate local. Queremos entrar y registrar el castillo.

—¿Qué buscan?

La voz del cretinoide era profunda, ronca y baja. Max, que no apartaba de él la mirada, intentaba comprender qué se agitaba en lo más profundo de sus diminutos ojillos.

—Lo sabrás cuando lo encontremos —replicó Lakatos, avanzando y pasando junto al gigante.

Éste se apartó y, cuando hubieron entrado todos, cerró la puerta. Por un instante fugaz, sus ojos se clavaron en el cuerpo soberbio de Carol, y ésta notó un malestar casi físico.

—Estoy solo aquí —dijo, de pronto—. Siempre estoy solo. ¿Qué buscan ustedes?

—¿Oíste aullar a los lobos estas últimas noches? —le espetó Lakatos.

—Sí… Abajo, en los bosques.

—¿No se acercaron aquí en ningún momento?

—No… Ellos descienden al valle. Están hambrientos.

—Tal vez. Empezaremos por esta planta. Guíanos.

Renqueando, el gigante echó a andar. Sin una palabra, fue mostrándoles los aposentos enormes, casi desprovistos de muebles; los dormitorios inmensos, llenos de polvo y espantosamente fríos y húmedos…

Tardaron más de una hora en recorrer la planta baja del ala intacta del castillo.

Dos horas más tarde, habían reconocido los torreones y la planta superior, sin haber visto nada sospechoso.

Lakatos farfulló:

—Estas viejas fortalezas están llenas de pasadizos secretos, túneles y cavernas. ¿Cuántas hay aquí?

—Sólo la cripta, en el sótano.

—¿Cripta?

—Era donde enterraban a los dueños del castillo y sus familias. Pero jamás se ha abierto para nada. Sólo están los sepulcros.

Carol se estremeció.

Max dijo:

—Daremos un vistazo, no obstante. Guíenos.

Encogiéndose de hombros, el gigante les llevó hasta una escalera que se hundía en la tierra.

Descendieron por ella. Los peldaños estaban húmedos y resbaladizos.

Al final se encontraron en una pequeña plazoleta, excavada en la roca viva. En el fondo de ella había una pesada puerta de hierro enmohecido, cerrada con una enorme cerradura.

—Nunca ha sido abierta —dijo el guardián, inexpresivo.

Lakatos empujó su gorra de uniforme hacia atrás.

—Tal vez sea cierto —dijo—, y tal vez no. Fíjate en esos arañazos, granuja… Yo diría que no hace mucho tiempo que fueron hechos.

Señalaba unas profundas marcas dejadas en la capa de herrumbre que cubría la puerta en torno a la cerradura.

Max exclamó:

—¡Alguien intentó forzar esa puerta!

—¿Qué dices ahora, bellaco? —se exasperó Lakatos.

—Yo no sé… Nunca se ha abierto esa puerta.

—Entonces, ¿quién demonios crees tú que hizo esas señales?

Los enormes hombros del guardián se alzaron con indiferencia.

—No lo sé —murmuró.

Max, que continuaba vigilándole, le espetó, de pronto:

—¿Cómo te llamas?

—Kato…

—Muy bien, Kato. ¿De qué tienes miedo?

Todos acusaron un respingo de sorpresa. Pero el gigante no se alteró.

—Yo no tengo miedo, señor.

—No mientas. Lo veo en tus ojos tan claramente como si estuviera escrito en un libro.

No hubo respuesta alguna, pero la mirada del gigante se tornó más huidiza aún.

—Salgamos de aquí —dijo Lakatos.

—Han de existir otros sótanos —insistió Max—. Se construían siempre, en las fortalezas. Incluso algunos tenían salidas secretas al exterior. No creo que en ésta sea diferente.

El gigante no dijo una palabra, encaminándose a las escaleras.

Una vez arriba esperó, quieto como un gran simio.

Lakatos dijo:
—Iremos a las ruinas. Ya que estamos aquí, aprovecharemos el tiempo.
El gigante no se movió.
—¿No oíste lo que dije?
Kato parecía haberse encogido sobre sí mismo. Sacudió la cabeza.
—No hay nada allí… Sólo ruinas.
—Quiero comprobarlo.
Lakatos le empujó hacia la salida. El gigante titubeó. Luego, decidiéndose, echó a andar.
Las ruinas eran más siniestras, si cabe, que el resto de la fortaleza. Sólo algunos muros se mantenían en pie, semiderribados. La techumbre había desaparecido, y todo el recinto era un caos de grandes bloques de piedra.
Max gruñó:
—Así no adelantaremos nada. Hay que obligar a ese hombre a que nos muestre las entradas que pueda haber.
—¿Cómo, doctor, pegándole un tiro? —rezongó Lakatos.
No obstante, se encaró con el guardián y le soltó:
—O nos ayudas o te llevaré conmigo, detenido. Conocerás las cárceles por dentro, y te aseguro que no saldrás de ellas en muchos años. ¿Qué decides?
El gigante le miró con su rostro inexpresivo.
Entonces, en alguna parte, ahogado, les llegó el bronco gruñido de un lobo.
Nograd dio un salto hacia el borde de los derruidos muros.
Max levantó la escopeta, y con ella encañonó al guardián.
—¡Ese lobo está abajo…, en la tierra! ¿Todavía niegas que haya entradas secretas en estas ruinas?
Lakatos había llegado a una conclusión. Tenía un triunfo al alcance de la mano, un triunfo que le haría escalar puestos en la estima de los altos dirigentes del partido. No iba a dejarlo escapar porque un cretinoide como aquél quisiera estorbarle.
Así que volteó el brazo, y su enorme revólver retumbó contra la cabeza del guardián.
—¡Se acabaron los buenos modales, estúpido! —vociferó—. ¡La entrada, pronto!

El hombrón retrocedió a trompicones. Su espalda dio contra los cañones de la escopeta de Max, y se enderezó.

—Les llevaré —murmuró—. Pero no saldrán vivos de ahí…, ni yo tampoco.

—Veremos.

Sorteando los grandes montones de piedras, llegaron al extremo de un muro medio derruido. Allí crecían las hierbas, altas, abrigadas del viento helado. Junto a las hierbas, el gigante agarró un enorme pedrusco. Todo su cuerpo se tensó al levantar el gran peso y apartarlo a un lado.

Debajo apareció una trampilla de hierro.

La levantó también. Había unos escalones que se hundían en la oscuridad.

—Tú primero —ordenó Lakatos.

—Me matarán…

—¿Los lobos?

—No…, ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—No tienen piedad.

Un empujón casi le arrojó escaleras abajo, así que descendió, seguido de todos los demás.

Allá abajo, la humedad penetraba hasta los huesos, rezumaba de las paredes graníticas, y cubría el suelo con una viscosa pátina resbaladiza.

Lakatos había agarrado el brazo del guía, y le hundía el cañón de su formidable «Tokarev» en las costillas.

—Si intentas cualquier cosa, te partiré por la mitad —le advirtió, ceñudo.

Avanzaron por un estrecho pasadizo. Después, el pasadizo se ensanchó y al final del mismo surgió una línea de luz.

Agarrada al brazo de Max, Carol susurró:

—¿Qué nuevo espanto nos aguarda ahora, querido?

—Nada de espanto. Se trata de seres humanos como nosotros. Ellos controlan los lobos, haciendo que siembren el terror.

El gigante se detuvo delante de un portón. Por el resquicio que quedaba entre éste y la pared, se filtraba la línea de luz.

Lakatos empujó la puerta, que chirrió. Entró, precedido por el gigante y su revólver.

—¡Que nadie se mueva!

Los tres hombres que había en la gran estancia les miraron, estupefactos. Los tres eran corpulentos, llevaban espesas barbas, y su piel era extremadamente pálida.

Nograd cacareó algo entre dientes, balanceando su escopeta.

El gigante se acurrucó junto a la pared. Lakatos dijo:

—¡Levanten las manos, aprisa!

Uno de ellos indagó:

—¿Qué clase de juego es éste, hombre?

Sin ninguna duda era extranjero, a juzgar por su manera de hablar. Lakatos enseñó los dientes en una mueca.

—Un juego que ha terminado ya para ustedes, sean quienes sean. ¡He dicho que levanten las manos!

Los tres se levantaron de las sillas que ocupaban más allá de una mesa cubierta de papeles, grandes hojas en las que se distinguían detallados mapas geográficos.

Dos de ellos elevaron sus brazos hacia arriba. El tercero inició también el gesto, pero se interrumpió a la mitad y, de un salto, se arrojó sobre el gran quinqué de petróleo, con la intención de apagarlo y tener así una oportunidad de escapar.

Lakatos ni siquiera titubeó. Apretó el gatillo, y el poderoso revólver tronó ensordecedoramente en aquellas profundidades.

El hombre recibió la bala de lleno. El feroz impacto le obligó a retorcerse en pleno salto, giró sobre sí mismo, y se estrelló al fin contra el quinqué.

Hubo un estallido de cristales, una llamarada y un grito, todo a la vez.

La llamarada envolvió el cuerpo del hombre muerto, prendiendo en sus ropas con extraordinaria rapidez, y convirtiéndolo en una horrible antorcha.

Los otros dos se precipitaron de cabeza hacia el fondo de la cueva.

Lakatos les gritó que se detuvieran. Aún estaba gritando cuando disparó otra vez, y uno de aquellos individuos rebotó contra la pared y se derrumbó aullando.

El tercero llegó al fondo, sin detenerse. Lakatos levantó el revólver otra vez… y entonces el fugitivo se esfumó como si se hubiera filtrado a través de las rocas.

—¡Maldito sea! —barbotó.

Max dijo:

—Ése aún vive…

Lakatos se arrodilló a su lado. Le hizo algunas preguntas, pero el hombre agonizaba, y no replicó.

—Morirá sin hablar, el maldito… Lo siento, señora, pero estoy muy nervioso.

Carol se mantenía aparte, dominando su miedo, pero aliviada, en el fondo, por el hecho de tener que habérselas con hombres normales y corrientes.

Inesperadamente, el herido rompió a hablar, pero no en rumano.

—¡Es yugoslavo! —Exclamó Lakatos—. Sigue… Te escucho. Comprendo tu idioma perfectamente…

A borbotones, el herido dejó fluir un raudal de palabras. Después, su cabeza se dobló y cayó a un lado.

—¡Condenación! Nunca pude imaginar nada igual —dijo Lakatos, asombrado—. Ese maldito… Bueno, ahora ya está muerto. Ese individuo ha confesado.

—¿De qué se trata?

—En esos mapas está la respuesta. Hay un gran yacimiento de uranio en estas montañas, que se interna en nuestro país, aunque empieza en el suyo, Yugoslavia. Ellos se infiltraron para sondear hasta dónde llegaba, con la misión de alejar a los habitantes de los valles por si, más adelante, en su explotación desde el otro lado de las montañas, decidían internarse en Rumanía por debajo de la tierra, vaciando así el yacimiento que corresponde a mi país… ¡Hay que cazar al otro, maldito sea!

Empujó al gigante hacia el fondo, por la oscura galería donde desapareciera el tercer infiltrado. Tras él, los otros le siguieron.

A medida que se internaban en la oscuridad, percibían el hedor animal más fuerte y penetrante.

—Los lobos —susurró Nograd.

El gigante se detuvo.

—Están allá abajo, en una gran cueva. Tiene una salida, por la que entran y salen cuando ellos quieren…

—El fugitivo debe haber huido por ella.

—No… No podría atravesar la cueva de los lobos. Hay un control…, desde donde manejan la compuerta y los animales…

—Llévanos allá, rápido.

Minutos más tarde, descubrieron la luz, más allá de un súbito recodo. Lakatos avanzó cautelosamente, seguido de Max.

Al atisbar por el recodo, descubrieron una sala de mediadas dimensiones. En ella, arrinconada, había una especie de mesa quirúrgica y una vitrina con instrumentos de cirugía.

En el muro opuesto, un panel metálico, lleno de controles, sobre el que se inclinaba el fugitivo.

Le vieron mover un dial, correr una palanca y luego echarse hacia atrás con un suspiro.

Lakatos gruñó:

—Muévase otra vez, y verá lo que pasa.

El hombre se volvió vivamente.

Les contempló con asombro. No concebía que le hubieran descubierto tan pronto.

Y entonces se echó a reír.

—Muy bien —dijo—, ustedes ganan…, de momento. Sólo que me pregunto de qué va a servirles, si jamás saldrán de aquí… vivos. Los lobos acaban de invadir este laberinto de cuevas y galerías. Ahora, ellos son los dueños y señores de las tinieblas.

Max avanzó con la pistola por delante.

—Los ha soltado mediante ese mecanismo, ¿eh?

—Así es. Y he dado la frecuencia más alta que ellos pueden tolerar. Eso les pondrá furiosos, y al primer tipo que tropiecen en su camino le harán trizas.

—Ya veo…

—Así que aquí se acaba el juego. Ninguno de ustedes tiene idea de cómo funciona este complicado mecanismo electrónico, de manera que todos perdemos en esta partida.

—Vigílele, Lakatos.

Max se inclinó sobre el tablero, fijándose en los controles, especialmente los que le viera manejar al extranjero.

—La palanca —dijo— debe accionar las puertas del encierro donde estaban los lobos. En cuanto el dial, apuesto que aumenta o disminuye la intensidad de las hondas que controlan a los lobos…

El yugoslavo pegó un salto. Lakatos le golpeó, sin contemplaciones, derribándole de espaldas.

Cuando Max se apartó del tablero, estaba sudando.

—Espero haber acertado —murmuró—, pero, por si no es así, usted irá delante de nosotros. Recibirá la primera caricia de sus amigos, los lobos.

Le quitó el cinturón, y con él le amarró las manos a la espalda.

Lakatos gruñó:

—Ahora guíenos hasta la salida, y sin dar rodeos innecesarios.

Refunfuñando, enfurecido, el extranjero les precedió por el estrecho corredor. El gigante, maravillado de encontrarse aún vivo, les seguía como un perro desorientado.

Carol, colgada del brazo de Max, musitó:

—Cuando salgamos de aquí, querido, juro que nunca más volveré a meterme bajo tierra, ni siquiera para tomar el Metro, en Londres…

De vez en cuando, lejano, sonaba el aullido de algún lobo, aunque en aquel laberinto profundo y extenso era imposible saber dónde estaban las fieras.

Al doblar un recodo, el yugoslavo pareció tropezar y dio un violento traspiés, cayendo a un costado.

—¡Vamos, levántese! —vociferó Lakatos, fastidiado.

No hubo respuesta, pero sí un apagado rumor de pies alejándose a todo correr.

—¡Condenación, escapa!

Se originó una violenta confusión cuando todos trataron de entrar en el invisible pasadizo por el que el yugoslavo se había hundido.

Carol lanzó un grito y cayó. El gigante les apartó de un empellón, y aprovechó para huir. Nograd corría ya, gritando, hacia su derecha.

Cuando Max levantó, al fin, a su esposa, gruñó:

—Nos hemos quedado solos, pequeña mía.

—Hemos de encontrar una salida…

—Y luz… Todo lo que yo tengo es una caja de fósforos.

Echaron a andar, confiando en la suerte.

Pero la suerte no les favoreció. No oyeron ni una voz durante un tiempo interminable, extraviados en aquel profundo dédalo de cavernas, túneles y galerías, algunos sin salida, y que les obligaban a retroceder sobre sus pasos.

—Tengo la impresión de que llevamos una eternidad caminando

en círculos —musitó la muchacha, al fin, al borde del agotamiento.

Max encendió otra cerilla, y la levantó por encima de su cabeza.

La débil llamita alumbró un trozo de cueva, y una cavidad negra al final.

—Vamos hacia allí…

Se detuvieron en la entrada de la cavidad.

Max encendió de nuevo un fósforo, y lo alzó.

A su luz, las sombras que durante siglos debían haber velado a los muertos, se desvanecieron, mostrando el tétrico recinto.

Habían llegado a una vieja cripta.

# CAPÍTULO XII

Carol contuvo un grito.

Max susurró:

—Precisamente de quienes no debes temer es de los muertos… Ven, habrá alguna comunicación con el castillo desde aquí.

Entraron. Otra cerilla les mostró los ataúdes a través de mamparas de cristal. Había nombres y fechas en ellos, hablando de unas vidas que se extinguieron hacía siglos.

En el centro de la cripta se alzaba un túmulo de piedra oscura. Sobre él, un gran ataúd negro, sólidamente cerrado, reflejaba el brillo de la cerilla con tonalidades de ébano.

—Allí hay unos escalones —descubrió Max.

—¡Max, mira!

Se volvió. Carol, petrificada, con el horror dibujado en su rostro, señalaba el túmulo de piedra.

—¿Qué te pasa? No es más que otra tumba.

—¡No, no, mira!

Él se aproximó con la cerilla. Había unas cifras grabadas en la piedra, un nombre y un medallón incrustado.

En el medallón, oscurecida, amarillenta por el paso de los años, una fotografía de un hombre.

—Bueno, ¿qué te asustó?

—¡Pero es él, Max, el hombre que penetró en mi cuarto!

El médico dio un respingo.

—Eso es imposible, querida. Fíjate… Ese pobre hombre murió en 1802. ¿No te das cuenta?

—¡Era el mismo, estoy segura! Aquí parece más…, más humano. Cuando yo le vi, estaba tan blanco, con los pómulos tan salientes… ¡Pero era él, sin ninguna duda!

Max se quemó otra vez los dedos y, maldiciendo entre dientes, encendió otra cerilla.

—Bueno, vámonos de aquí, querida. Ya discutiremos eso en otra ocasión.

Temblando, conteniendo su creciente pánico, la muchacha se dejó llevar hacia los escalones que él había descubierto al otro lado de la cripta.

Los subieron. Max contó veintiséis antes de tropezar con una puerta.

La tanteó, pero estaba cerrada.

Buscó con la palma de la mano el lugar de la cerradura.

En ésta había insertada una gran llave.

En aquel instante, allá abajo, en las profundidades negras que habían dejado atrás, sonó un seco crujido.

Carol se apretó contra él, a punto de desmayarse. Musitó:

—¿Lo oíste?

—Sí…

—¿Qué pudo ser?

—No lo sé.

Giró la llave, y la cerradura chirrió, abriéndose.

Abajo, el crujido se repitió, y después hubo un golpe sordo.

—¡Dios, Dios, salgamos, Max…!

El médico sentía un extraño pavor adueñarse de sus sentidos, pero no era suficiente para apagar su insaciable sed de saber.

—Espera un segundo —susurró, muy bajo—. ¿No oyes?

Eran pasos. Los pasos lejanos de alguien que corría desaforadamente.

—¡Viene por la misma galería que seguimos nosotros! —Murmuró Max—. Quizá se trate de Lakatos…

—Él no correría de esa manera… demasiado pesado.

—Entonces, el fugitivo…

—¡Max, vámonos!

Él abrió la pesada puerta de hierro. Las viejas bisagras dejaron escapar un chirriante lamento.

Los pasos estaban cada vez más cerca.

—Ya llega —musitó Max.

Efectivamente, llegaba abajo, a la cripta. Allí se interrumpieron, y, desde su oculto observatorio, vieron el pálido refleja de una linterna.

Algo como un quejido se elevó de las profundidades. Después,

como si el infierno hubiera dejado abierto un resquicio por el que saliera el lamento de un condenado, un alarido pavoroso saltó hacia arriba, horrible, interminable; una queja de infinito espanto, como parecía imposible que pudiera proferir garganta humana.

Carol chilló a su vez, y se arrojó de cabeza a través del portón abierto. Max hubo de seguirla, mientras tras ellos, en las profundidades de la negra cripta, el alarido moría, en medio de un espeluznante gorgoteo que no parecía tener fin…

Arriba, se dieron cuenta de que habían desembocado en las dependencias intactas del castillo. La puerta de la cripta era la misma que vieran en su recorrido primero.

—¡Sácame de aquí, Max, sácame de este infierno!

—No comprendo… No comprendo lo que ha sucedido allá abajo…

—No quieras comprenderlo jamás…

Lakatos surgió, procedente del exterior, derrengado, furioso como un diablo.

—¿Salieron ustedes? Bueno, el maldito se me escapó por ese laberinto. Yo salí más allá de la muralla sin saber cómo. ¿Han visto al viejo Nograd?

—No…

—Bien, esperaremos un poco…

—No tendrán que esperar mucho —graznó el anciano, apareciendo en lo alto de la escalera—. ¿Oyeron ese grito?

Lakatos arrugó el ceño.

—¿Un grito? Desde donde yo estaba no oí nada.

—¡Cielos, fue algo espeluznante…! ¿Lo oyeron ustedes?

Carol titubeó.

Max dijo:

—Sí… Sonó como si viniera de las profundidades de la tierra.

—¡Vámonos de aquí! —insistió Carol, temblando.

—Lamento que se nos haya escapado ese individuo. De todos modos, informaré a la capital para que envíen a alguien experto para recoger las cosas aquí.

Echaron a andar. La oscuridad había caído ya, sin que ninguno de ellos se diera cuenta del rápido paso del tiempo, hundidos en aquel dédalo de cavernas.

Al fin, avistaron las luces de la aldea. Nograd masculló:

—De todos modos, a mí nadie me quita la idea de que en este asunto hay gato encerrado, doctor. Lo de la mujer muerta no tiene explicación.

—Ya no quiero hablar más de eso.

—Bueno, bueno, pero me gustaría que alguien me lo aclarase también.

—¡Miren!

Lakatos acababa de señalar hacia un espeso bosquecillo que se apiñaba a un lado del camino.

—¿Qué vio?

—Me pareció alguien andando como si fuera de paseo…, alguien alto, sin abrigo, porque me pareció que tenía unas piernas largas.

—No empiece usted también a ver aparecidos —rezongó Nograd.

—De todos modos, no se ve ni rastro de su paseante —comentó Max, apresurando el paso.

La aldea, como todas las noches, estaba sumida en el silencio, y sus calles aparecían completamente desiertas.

—Insisto en que he visto a alguien caminando junto al bosquecillo —repitió Lakatos—. Y les diré algo más… Me pareció una mujer.

—No me diga… Hay un pánico colectivo en toda la aldea, y, en cambio, una mujer sale sola a pasear a estas horas de la noche.

Nograd soltó su acostumbrada risita.

Sólo que, al llegar a la posada, sus ganas de reír se esfumaron, al ver una ventana abierta de par en par.

—¡Los viejos no habrían dejado de cerrarla! —masculló.

—Es la habitación donde dejamos el cuerpo de Mage.

Max se precipitó a la ventana.

La mesa estaba allí, pero el cadáver no.

—¡Se lo han llevado! —exclamó.

Nograd apretó las mandíbulas, y no dijo nada.

Lakatos maldijo en todos los tonos, y entró en la fonda, furioso.

Carol sólo susurró:

—Voy a preparar nuestro equipaje, Max. Nos iremos de aquí en cuanto despunte el día, aunque sea andando.

—Por esta vez, estamos de acuerdo. Deja que eche un vistazo a mi paciente y te ayudaré a llenar las maletas.

El herido dormía plácidamente, pero despertó al notar la presencia del médico.

—Siga durmiendo… y ya no es preciso que guarde usted su secreto. Lo que estaban investigando es un yacimiento de uranio, ¿cierto?

—¡Condenación! ¿Cómo lo supo? Ya veo, usted habló con Bajda…

—No, amigo. Es algo bastante más complicado. Espero que lo averigüe usted…, cuando pueda levantarse.

Salió, dejándole perplejo.

Abajo, Lakatos gruñó:

—Yo vi una mujer…

—Y yo, una cripta…

—¿Qué?

—*Gradat* Lakatos, jamás volveré a reírme de las sencillas creencias de estas gentes. Eso es todo lo que tenía que decirle.

Perplejo, Lakatos le miró como si le viera por primera vez.

Max añadió:

—Oí el grito, los pasos del yugoslavo que huía… y vi la tumba. No sé qué pasó allá abajo, ni quiero averiguarlo, pero sí estoy seguro de que ya no debe usted molestarse más por su fugitivo.

—No le comprendo una maldita palabra.

—Es preferible así. Voy a ayudar a mi esposa. Nos marchamos al despuntar el día.

Les dejó perplejos, silenciosos, hasta que el viejo Nograd dijo:

—Es lo mejor que pueden hacer. Son jóvenes… y la vida se les abre ahora. En cambio, nosotros…

—Hable por usted, viejo.

—Por mí hablo. Yo seguiré aquí, alimentando supersticiones, extrañas creencias… y pensando en un grito que nadie pudo proferir por causas de este mundo.

—Chocheces de viejo.

—Bueno. De todos modos espero que, acabada la intriga en el castillo, sin lobos aullantes, sin intrusos, alguien pueda volver a descansar en paz.

—¿El guardián? Ya me ocuparé de él…

—No me refería precisamente al guardián, *Gradat* Lakatos. Buenas noches.

El viejo salió, balanceando su cachimba, pensativo. Una vez fuera, levantó la mirada hacia la dirección donde debía encontrarse la oscura mole del castillo, y repitió con voz que fue apenas un susurro:

—Sí, ojalá vuelva a descansar en paz hasta el fin de los tiempos.

Se alejó, y la calle quedó tristemente desierta.

F I N